



YORUBA (Africa occidental).—Alto bajo los verdes árboles. (Pág. 409).

JAPON SEPTENTRIONAL.

AUDIENCIA CONCEDIDA AL ILMO. OSOUF POR S. M. EL MIKADO.

EN medio de las pruebas que sufre la heroica Sociedad de las Misiones extranjeras, Dios misericordioso le proporciona un gran consuelo, como van á ver nuestros lectores por el resumen de las noticias que damos á continuación, tomadas en parte de una carta del Rdo. Midon, provicario apostólico del Japon septentrional, fechada el 14 de setiembre último en Yokoamba.

En los primeros dias del pasado setiembre el vicario apostólico del Japon meridional, Ilmo. Osouf, recibió de Su Santidad Leon XIII el encargo de presentar una carta suya autógrafa al Emperador del Japon, en la cual Su Santidad se congratulaba con aquel Soberano de la libertad concedida ahora á los cristianos en sus dominios, y le suplicaba que confirmase y ampliase esta benevolencia suya para las Misiones católicas del Japon.

El resultado de este paso del Santo Padre ha sido magnífico, más aun que el conseguido en China por el misionero romano Giulianelli. Efectivamente, el Ilmo. Osouf, apenas pidió una audiencia al Soberano japonés, la consiguió al momento.

El dia 12 de setiembre las carrozas de la corte fueron á buscar á su alojamiento al vicario apostólico y su séquito, y lo condujeron al palacio imperial. El recibimiento

tuvo lugar á presencia de todo el personal de la embajada francesa, que vestia el uniforme de gala.

El Embajador de Francia presentó al Ilmo. Osouf al Emperador; y éste, despues de haber recibido de manos del vicario apostólico la carta pontificia, contestó á las palabras que le dirigió este Prelado con grandísima benevolencia, manifestándose contento de recibir la carta del Papa y prometiendo que á los cristianos del imperio japonés nunca se les dañará, y se les dejará en la más completa libertad para predicar y dar culto.

Agréguese que pronto mandará á Roma una embajada extraordinaria al Sumo Pontífice encargada de presentar á Su Santidad la carta respuesta imperial.

Esta será la segunda embajada japonesa que hace este obsequio al Papa. La primera hizolo con extraordinario aparato hace justamente tres siglos, ó sea el 1585: fué enviada por tres príncipes japoneses recientemente convertidos entonces al Cristianismo, reinando el Pontífice Gregorio XIII, que fué quien la recibió de un modo esplendidísimo y verdaderamente real. Pero despues de esta recepcion, que fué en pleno Consistorio, durante el cual el piadoso Pontífice llorando de consuelo profirió las palabras del salmo: *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*, Gregorio XIII moria quince dias despues de aquel solemne recibimiento. Sixto V, que le sucedió, honró grandemente, aún más que su predecesor, á aquella embajada; la cual fué tambien honrosísimamente festejada en España, por donde pasó á su llegada, por parte del rey Felipe II.

Todavía no se sabe, sin embargo, cuándo vendrá la segunda embajada japonesa á inclinarse ante Leon XIII.

15 Noviembre 1885.

Año VI.—N.º 141.

Ahora la falta de la soberanía temporal del Papa no permitirá una recepción igualmente espléndida y suntuosa como á la anterior.

No obstante, se puede asegurar que el Santo Padre Leon XIII hará por acogerla dignamente todo lo más mejor que la tristeza de los tiempos y de las circunstancias permitan.

La carta del Soberano Pontífice al Emperador del Japon, dice así:

«Al esclarecido y poderoso Emperador de toda la región japonesa, Leon XIII papa, salud.

«Emperador: Por más que tan larga distancia nos separa, gran Emperador, no por eso se nos oculta el singular empeño que vienes demostrando por aumentar de día en día los bienes y utilidades de la nación japonesa. Los proyectos que pones en práctica para el fomento de la prosperidad material, y principalmente para la mejora y educación de las costumbres, no sólo acreditan la perspicaz providencia de tu Gobierno, sino que se hacen dignos de toda alabanza y de ser recomendados á todos los pueblos, ya porque van encaminados al bienestar de los mismos, ya porque favorecen la mayor participación de todos aquellos bienes que se obtienen por medio del trabajo humano, sin olvidar que sobre todo esto, siempre la cultura prepara mejor los ánimos para alcanzar la posesión de la sabiduría y la ciencia, y, por consiguiente, la luz inapreciable de la verdad.

«Rogámoste, pues, que te dignes recibir sin desagrado ni molestia los buenos deseos que nuestra voluntad te rinde, tanto más cuanto que te los ofrecemos con toda la efusión de nuestra alma.

«Es, pues, el principal móvil de la presente carta el aprovechar la ocasión para expresarte la gratitud de nuestro ánimo, así como nuestras buenas disposiciones hacia tí. Sin duda que según los tratamientos á que sometás á los misioneros que nosotros enviamos, así como cada uno de los cristianos, de tal manera nos veremos Nosotros obligados á portarnos contigo: por fortuna ya tenemos noticia de la benignidad que usas con ellos por testimonio reciente de los mismos. Realmente, ningún paso puedes dar hacia la justicia ni hacia la utilidad pública en que no te auxilien poderosamente los súbditos católicos.

«La justicia es el fundamento de los imperios: la justicia es la virtud que se exige siempre como esencial en las obras y pensamientos de todo cristiano.

«Por aquí resulta que cuantos llevan el nombre de cristianos se ven impelidos á respetar la autoridad régia y á cumplir las leyes, á no desear dentro del Estado nada que no sea pacífico y honesto, no precisamente por el temor del castigo, sino movidos por la voz interior de la religión que profesan.

«No podemos, pues, menos de rogarte por los bienes que tú mismo has de reportar, que concedas á los cristianos cada vez mayor libertad en el ejercicio de sus prácticas, y que tomes bajo tu protección y salvaguardia sus benéficos institutos y establecimientos.

«A nuestra vez pedimos al Todopoderoso, dispensador de todos los bienes, que te ilumine en tus empresas, y las conduzca al término preciso que para cada una deseas, y que recompense á tu persona y á tu pueblo cada día con mayores beneficios.

«San Pedro de Roma, 12 de mayo de 1885, año octavo de nuestro pontificado.»

CHINA.

ADMIRABLES CONVERSIONES.

De una carta del misionero apostólico P. Benjamin Christiaens, fechada el 4 de marzo de 1885 en Sha-She, que leemos en la acreditada *Revista franciscana*, tomamos lo siguiente:



El departamento que acabo de visitar, hace apenas siete ú ocho años que ha dado entrada á la Religión cristiana. El primer punto que tocamos, en compañía de un sacerdote indígena encargado de este distrito, fué Tchang-kin-ho. Contamos aquí con unos cincuenta neófitos. Su conversión, que data del 1878, ha dado aliento á muchos de las cernias, que han abrazado nuestra santa fe. Creo que á V. P. le gustará saber la historia de su conversión, y no quiero privarle de esta satisfacción.

Dos paganos llamados *Tchu*, tío y sobrino, ambos literatos y despilfarradores, hallábanse cansados de la vida agitada que llevaban, y formaron el propósito de ofrecerse al servicio de los ídolos en una gran pagoda ó templo de falsas deidades. Se encaminaron, por tanto, á *Kin-tcheu-fu*; á su llegada hicieron un pacto con el Jefe de los Bonzos; pero les faltaba cumplir una ceremonia, cual era la de raparse la cabeza; porque es propio de todo bonzo ó sacerdote pagano raparse bien la cabeza ó resurársela. El señor que los conducía, hizo que en la barbería encontrasen un exbonzo antiguo conocido, el cual, según costumbre en China, les preguntó por el objeto de interés que les preocupaba. Ellos respondieron sencillamente, que habían venido para ponerse al servicio de una pagoda, y que se iban á rapar la cabeza. El antiguo bonzo, conocido el proyecto, trató de disuadirles, diciéndoles mil infamias de los bonzos, lamentando la mala hora en que él mismo se había alistado en su servicio y acabando por convencerlos de la mala resolución que habían tomado. Tío y sobrino, en lugar de dirigirse á la pagoda, se encaminaron á una posada con intención de volverse al día siguiente á su casa. Muy de mañana partieron de la posada, y se detuvieron un rato en casa de un mercader cristiano.

Quiso Dios que aquí tropezaran con un misionero, el P. Franzoni; y luego entablóse conversacion sobre el europeo, y el objeto que lo detenía en la China. Ved ahí á unos hombres que, sin conocerlo, se hallan en la antesala de la verdad!!! El misionero les habló de religión, y los invitó á que se fueran con él. Mas por curiosidad que por otra cosa le siguieron, y el misionero los acogió con amor paternal. Conversaron largamente, y el resultado de la visita fué, llevarse algunos libros de doctrina cristiana y prometer que asistirían á las plegarias de los cristianos. Los dos paganos cumplieron su palabra. Antes de la hora convenida, ya estaban esperando que les abriesen las puertas. Detuviéronse tres días, durante los cuales se instruyeron en lo relativo á la religión, y luego se encaminaron á sus casas, prometiendo antes, informarse bien de nuestra santa fe, y aprender las oraciones y el catecismo. El demonio, empero, nos diputaba su presa. Oyeron hablar tan mal del culto del verdadero Dios, tan feas calumnias de sus ministros, horrores tales de los europeos, y cosas tan nefandas de los fieles que, desconcertados, creyéronse entregados en manos de la desgracia y de un funesto destino. Su propósito de hacerse bonzos habíase descubierto; y luego se vieron en peligro de perder su honor y su vida por haber pactado con los europeos.

Tristes y abatidos se reunieron con su familia sin hablar palabra de lo que les había pasado, y tuvieron buen cuidado de ocultar en el fondo de sus baúles los libros de doctrina cristiana. Esto pasaba en el mes de noviembre de 1878.

Por la Pascua del año siguiente el cura indígena *Lo* recibió orden de buscar á los dos catecúmenos. Despues de dos dias de mar desembarcó en *Che-lin-ku* y procuró investigar el paradero de los catecúmenos, cosa que no tuvo dificultad particular.

El viejo *Tchu* quedó sorprendido al ver que pasaba el umbral de su casa un misionero; desconcertado no sabia qué hacer, pues [por una parte no había dejado traslucir nada de lo que había pasado, y por otra se veía descubierto. Disimuló cuanto pudo; pues trató en casa al misionero como á un antiguo conocido, pero evitó cuanto pudo la conversacion sobre asuntos religiosos, y se esforzó en desorientar al misionero que deseaba entrar en la cuestion religiosa. Mandó al punto un propio á su sobrino, para que viniese á sacarle del apuro en que se veía. El sobrino se presentó luego; y despues de haber comido, queriendo el viejo sacar de casa al *P. Lo*, propuso de ir á visitar la familia del jóven *Tchu*. El misionero accedió, sin haber podido, como deseaba, tratar la cuestion religiosa. Caminando llegaron á un punto retirado, y el misionero; viéndose libre, manifestó luego su objeto y les recordó la primera entrevista de *Kin-tcheu*. Los señores *Tchu* se disculparon, diciendo que los asuntos de familia no les habían permitido ocuparse en el estudio de la religion, pero que lo pensarían seriamente. El celoso misionero no dejó escapar tan favorable ocasion, y les explicó los fundamentos de la Religion, exhortándolos á corresponder á la gracia. Al dia siguiente el misionero partió y los *Tchu* se hallaron libres de huésped tan molesto.

El *P. Lo* no dejó perder la ocasion, y en el otoño volvió á visitar á los dos paganos; pero viendo que los ídolos ocupaban aún su corazon les dijo públicamente y sin rodeos, que venia á romper las cadenas con que los tenia sujetos el demonio, y á destruir los ídolos con sus inscripciones paganas, reemplazándolas con inscripciones cristianas.

Nadie se resistió; y los dos paganos vieron con repugnancia quitados los ídolos y entregarlos al fuego, no sin temor de su venganza. La brecha estaba abierta, el hecho llegó á hacerse público, y ningún contratiempo sufrieron los dos paganos.

Entonces los dos *Tchu*, cada uno segun sus conocimientos, hicieron apóstoles de la Religion cristiana en el seno de sus familias y entre sus amigos. En menos de un año se abrieron cinco localidades al culto del verdadero Dios, é inscribiéronse de trescientos á cuatrocientos catecúmenos. Por desgracia no todos perseveraron.

Cinco dias despues hicimos la visita á la cristiandad principal, donde la Mision tiene una residencia con su oratorio.

Encontrámos un viejo catequista, que se hallaba á los extremos, y el dia dos de noviembre fuimos llamados para asistir á su muerte. Cerró sus ojos apaciblemente, en ósculo de paz, y la Providencia dispuso que dos misioneros se hallasen presentes para acompañar los despojos mortales de aquel que se había dedicado á la predicacion evangélica. No obstante las grandes lluvias y la aspereza de los caminos, una multitud de cristianos

y paganos acudieron á los funerales para pagar el último tributo á la amistad, y para presenciar una funcion cristiana que por primera vez tenia lugar en aquel país. Este catequista llamado *Uang* hacia cuarenta años que había abrazado la ley cristiana. En su tiempo nuestra santa religion no era conocida sino como una secta impía y rebelde. Un gran secreto cubria todos nuestros dogmas y ritos religiosos.

Uang era de un natural fogoso, de una imaginacion viva, de un carácter emprendedor, y habiendo perdido en el juego toda su fortuna se dedicó á la nigromancia. Mostró tanta habilidad, que vecinos, y de lugares remotos recurrian á sus artes. Asido á una mesa cubierta de un tapiz, decia que el ídolo se colocaba sobre la mesa y daba sus respuestas por escrito. Un compinche, asido á sus pies, y oculto cuidadosamente con el tapiz de la mesa, escuchaba todo lo que se pedia, y contestaba tanto de palabra como por escrito en nombre del ídolo. Poco antes de su conversion por más que predicase contra las imposturas de la nigromancia y publicase sus estratagemas no pudo triunfar de la credulidad popular, y entonces rogó el mismo que se hiciesen públicos todos los secretos.

Un cristiano, artista de profesion, vino á trabajar un dia en su casa.

En un momento dado *Uang* le sorprendió orando y le dijo:

«¿Qué haces?» El artista respondió: «Estoy rezando mis oraciones.»

Esta novedad despertó la curiosidad de *Uang*, y le pidió un libro de devocion. Lo hojeó, y encontró tanta satisfaccion, que no salió de casa en todo el dia. Despues de haberlo leído, le preguntó si tenia otros libros, y él le entregó el catequismo, que es el *Vade-mecum* de todo cristiano. Lo que hizo el señor con Saulo, obró de un golpe en este hombre de una naturaleza fogosa é indomable. Notó la familia este cambio, y se felicitó, pero no sabian á qué atribuir un cambio tan repentino.

Deseando instruirse presto en la religion cristiana se avistó con un misionero que había ido á pasar las fiestas de Navidad en *Tchang-kia-honc*, distrito de *Kin-men*.

El Padre misionero le explicó la doctrina, le infundió ánimo, y le previno contra las calumnias y el odio de los enemigos de nuestra santa fe. Vuelto *Uang* á su casa no se ocupó de otra cosa que de instruirse en la Religion, leyendo y estudiando los libros que le había dado el misionero. Trataron sus amigos de disuadirle que abrasase la religion cristiana; pero con gran firmeza resistió todas las seducciones, y desechó con desden las ofertas que le hacian, si volvía de nuevo al culto de los ídolos y aceptaba el antiguo oficio de nigromante. Su decision fué absoluta, la conversion sincera.

Se hizo apóstol del Evangelio, enseñando, exhortando y animando á cuantos le pedian consejo. En las largas veladas de invierno se ocupaba en instruir los reclusos que había inscrito en la milicia de Cristo. Enorgullcido con sus conquistas, condujo al misionero quince hombres decididos á asistir á las fiestas de Pascua y recibir las aguas regeneradoras del Bautismo.

La alegría con que fueron recibidos es más para imaginada que para descrita, tanto más cuanto que fué una conquista imprevista para los misioneros. Todos recibieron la gracia bautismal, y fueron admitidos al banquete eucarístico. La Confirmacion los fortaleció en la

fe, y les comunicó las gracias necesarias para soportar las tribulaciones y no sucumbir en las pruebas que les esperaban al volver al seno de sus familias. Los que habían seguido á *Uang* en el camino de la salvacion, eran jóvenes, y de un corazon valeroso. Ellos abrazaron nuestra religion á escondidas de sus familias; y dichosos y contentos volvieron á sus casas.

Dentro ya de sus habitaciones no podian contener su alegría, y se declararon manifiestamente cristianos. Esta manifestacion les dió materia para ejercer su virtud; porque los amenazaron y los golpearon; pero en vano; pues con sus oraciones pidieron los auxilios necesarios, y con ellos lo soportaban todo con paciencia y resignacion. Los arrojaron del seno de la familia; y sufrieron esta afrenta con gran valor, yendo á ganarse el pan á otros lugares. La Providencia que quiso poner á prueba su virtud, dispuso que la tempestad calmase, y que hallasen su salvacion allí donde se les preparaba su ruina.

Uang despues de su conversion conquistó gran número de paganos á la fe, y ha muerto bendecido así de los fieles como de los infieles. Entre el numeroso concurso que asistió á los funerales se hallaba un cristiano que había apostatado por sugeriones de su madre, furiosa pagana y aborto del infierno. Muriósele un hijo, en quien fundaba grandes esperanzas, y despues de este rudo golpe la gracia divina comenzó á obrar en sus corazones. El cristiano apóstata conoció en esta prueba la mano del Señor que le hería y dió al traste con todo, declarando guerra á Satan, y volviendo al camino que en mal hora había abandonado. Cuando la furibunda pagana conoció la determinacion de su hijo, vomitó horribles blasfemias, pero éste permaneció firme. La madre desesperada se separó de él y de su familia, y los arrinconó en la parte inferior de la casa. Huía de los cristianos que frecuentaban su casa como de gente apesada. Cuando el Padre misionero hacia la visita anual, la vieja trataba y multiplicaba sus prácticas supersticiosas, llegando á colocar su ídolo en un trono más alto que el Crucifijo de la mesa en que celebraba el misionero, con el único objeto de que se creyera que su ídolo era superior á Jesucristo. Cuando se celebraba la Misa, ella armaba un zipizape infernal, sobre todo durante la consagracion: adoraba su ídolo sobre lo alto del trono, y descargaba petardos en honor del ídolo, para en cierto modo humillar al Dios de los cristianos.

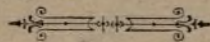
Este cristiano vino un día á visitarme para referir la conducta de su madre, y la pena que tanta obstinacion le causaba. Ella no quería oír hablar de religion, y me suplicó que fuese á pasar algunos días en su casa: le prometí hacerle una visita, y le entregué una medalla de san Benito, rogándole que la entregase á su madre para que la llevase sobre sí, y que si no quería aceptarla se la ocultase en la cama, y con esto Dios le ayudaría y la libraría del poder del demonio. Este la atormentaba frecuentemente, y se le oía decir alguna vez, que la estrangulaban. Preguntándole la causa de esto, respondía que el demonio la venía á maltratar, y entonces me enseñó las contusiones que había recibido; otras veces enseñaba el pecho todo acardenalado de los golpes que había recibido de su maestro el diablo.

El hijo envió un propio para acompañarme, y al llegar pregunté por la madre, y le manifesté deseos de saludarla. La avisaron, y al punto se presentó sin esperar que yo pasase á sus habitaciones. La gracia divina había rendido aquella alma obstinada, y en nuestra con-

versacion parecíamos amigos. Me permitió, con gran satisfaccion de la familia, preparar el altar en su gran salon; el hijo acompañó á la madre hasta el interior de la sala, exhortándola de nuevo á convertirse al verdadero culto, á adorar al verdadero Dios. Ella lo prometió; pero deseaba hacerlo á la edad de 70 años, esto es, dos años más tarde. Insistimos en que lo hiciese presto, y consintió, llegando á pedirme la gracia del Bautismo. ¡Qué dicha tan inesperada para mí y para toda la familia! El día siguiente fué un día de fiesta. La vieja abjuró sus errores, y recibió las aguas regeneradoras del Bautismo. Le administré el sacramento de la Confirmacion, así como á tres de sus pequeños biznietos. Me llevé el ídolo y las tablillas de los difuntos. El Crucifijo ocupó el trono en que estaba colocado el falso dios. Le he enviado una medalla del sagrado Corazon de Jesús, á fin de que este divino Corazon, lleno de amor por la salvacion de las almas, continúe y complete la obra que su divina gracia ha comenzado.

Al día siguiente me hospedé en casa de un buen viejo convertido que había pertenecido á la secta de los *ayunadores*. Es católico tan fervoroso, como anteriormente había sido celoso por el culto de los ídolos. Este anciano llamado *Tchang-min-Kue* no tenía más que un hijo, casado con una joven cuyos padres se habían hecho cristianos. Hallándose de visita en casa de su padre oyó hablar de religion, y habiendo hallado gusto en la conversacion, estudió la religion y se fué á buscar un misionero para que lo admitiese en calidad de catecúmeno. No lo ocultó á la familia, porque cada uno seguía y adoraba lo que juzgaba bueno. Al poco tiempo el viejecito *Tchang* se sintió con síntomas fatales. En vano recurrió á los médicos, é hizo varias peregrinaciones á las pagodas más renombradas; fué inútil el incienso que quemó á los ídolos, y de nada le sirvió el recurrir á las cartas, pagar á peso de oro las consultas mágicas y hacer hablar al diablo, cosa muy frecuente en estos países. Hallándose un poco desahogado, quiso hacer un último esfuerzo, preparó sesenta pesetas para enviarlas al jefe de los *ayunadores*, con objeto de que invocasen sobre él el espíritu que lo curase radicalmente. Un día que la enfermedad le apretó más de lo ordinario, su hijo le propuso que renunciase á todas aquellas supersticiones y sortilegios, que rezase con él las oraciones cristianas, y que de este modo se hallaría libre de la enfermedad. El anciano se arrodilló, y rezó con su hijo el *Padre nuestro* y *Ave Maria*. ¡Oh cuán bueno es el Señor! El mal había desaparecido, y en agradecimiento *Tchang* prometió adorar al verdadero Dios. El mal no se repitió, y las sesenta pesetas sirvieron para atender á las necesidades de la familia, que es hoy una de las más ejemplares y fervorosas.

Debía visitar otras cristiandades; pero el mal tiempo me obligaba á quedarme de huésped de la familia *Tchang*; y en su casa recibí un correo con el cual se me comunicaba de parte de nuestro Vicario apostólico, que negocios urgentes reclamaban mi vuelta á la Procura, sin pérdida de tiempo. Despues de dos días de navegacion en una barquichuela entré de nuevo en esta de Sha-She.



LAS MISIONES AFRICANAS.

De una conferencia del P. Boutry, dada el 1.º de setiembre último, extractamos lo siguiente:



As diferentes Misiones ecuatoriales que la Santa Sede se ha dignado confiar á nuestros desvelos se extienden sobre una superficie de como 400 leguas de costas, desde el Cabo de las Pal-

mas hasta el Niger, sin que pueda claramente determinarse su límite interior. El país que nos toca evangelizar, es bastante más extenso que toda esta República Argentina; y para poder atender á todas las necesidades espirituales de tan dilatadas regiones, somos apenas 40 misioneros, que establecidos en las principales ciudades, desde allí nos diseminamos en ciertas épocas determi-



nadas, para visitar las pequeñas aldeas, y administrar los santos Sacramentos.

Para poder llegar á nuestra Mision, el desembarque es de ordinario sumamente peligroso; pues que para ello es preciso salvar lo que llaman barra del Golfo de Guinea, que se extiende en un espacio de varios centenares de metros, en la cual se encrespan las olas embra-

vecidas y que es lugar de perpétuas tormentas. Representaos, en efecto, unas olas que á menudo alcanzan hasta la altura de unos cuarenta piés, y se desencadenan sobre la endeble embarcacion. Toda la habilidad de los pilotos, para salvar el indicado obstáculo, consiste en medir el tiempo entre el alzamiento de una y otra ola con tanta exactitud, que su bajel las cruce sin perder su

equilibrio; porque si llega á zozobrar, marineros y tripulantes se ven expuestos á convertirse en pábulo de los tiburones que abundan en esas bahías.

Continuo es el calor en esas regiones intertropicales. Por fortuna, los vientos alisios, cuya sucesion es tan ordenada como la carrera del sol, refrescan un tanto la atmósfera.

Esto no obstante, el ambiente, constantemente cálido y al mismo tiempo húmedo, así como los miasmas infectos que sin cesar producen los muchos pantanos que hay allí, originan numerosas y graves epidemias. Así se ve que en aquellos países las fiebres son endémicas y se ceban más particularmente en los blancos, quitándoles la posibilidad de morar allí durante mucho tiempo. Lo más que allí se puede vivir son unos cinco ó seis años. En menos de diez años hemos tenido que lamentar la pérdida de más de 40 misioneros. Puede asegurarse que la Guinea es el más corto camino para llegar á la sepultura y confiamos en Dios en que es al propio tiempo el más directo para llegar al cielo.

El año se divide en dos estaciones secas y dos estaciones de lluvias. Estas últimas anuncian su llegada por unas tormentas que los portugueses han denominado *Tornados*, por motivo de sus movimientos giratorios. Terribles entonces son los truenos que atruenan el espacio y las centellas que caen sobre el suelo, infundiendo pavor en todos los espíritus, al paso que parece hacen bambolear la tierra. Luego una lluvia torrencial inunda la tierra, pero despues de algunas horas el cielo se despeja y un sol rutilante borra hasta los últimos vestigios de semejante diluvio. Algunas semanas más tarde, una lluvia duradera sucede á las tempestades, y el suelo recupera la fecundidad y lozanía de que unos calores excesivos le habian privado.

Al principio de esas lluvias es cuando los negros indígenas, aguijoneados por el hambre, sacuden por un tiempo su nativa haraganería, para volver pronto á sumirse nuevamente en su vida sensual y ociosa.

Principian entonces por pegar fuego á los altos pajonales; este es el medio más expeditivo para limpiar el suelo y guarecerse de las innumerables sierpes que allí tienen sus guaridas. Luego despues surcan superficialmente el suelo, arrojan al surco sus simientes y esperan confiadamente la cosecha. La principal riqueza de la tierra consiste en aquellos inconmensurables bosques de palmeras que dan suficiente producto para fomentar un gran comercio con los extranjeros. Numerosas y extensas lagunas ocupan el país en todas direcciones, facilitando las relaciones comerciales. Esto por lo que mira á la Guinea bajo el punto de vista topográfico.

Bajo el punto de vista político y social, se subdivide en numerosas pequeñas tribus, casi de continuo en guerra unas contra de otras. Esas encarnizadas rivalidades entre las tribus de los negros se remontan principalmente al tiempo del tráfico de los negros. No ignorais, en efecto, que en los tiempos pasados, fué á esa tierra de Cam que los descendientes de Sem, y más particularmente de Jafet, iban á abastecerse de aquellas mercancías humanas, que por ironía llamaban madera de ébano, aludiendo á la tez oscura de los pobres africanos. De allí fué que extrajeron para las Américas millones de negros, de los cuales una tercera parte, cuando menos, pereció por causa de los malos tratamientos que tuvieron que sufrir, tanto antes y durante su travesía á aquellas tierras, cuanto despues de su llegada.

Tan vergonzoso tráfico no ha cesado todavía en el centro del Africa, desde Marruecos hasta la costa de Zanzíbar; y toda la culpa de tamaña perversion la tienen los blancos, que enseñaron á los mismos negros el secreto de acaudalar grandes riquezas por medio del negocio de sus propios semejantes.

Nosotros mismos hemos presenciado tan bárbaro negocio; y este es un cuadro verdaderamente lamentable. Ved en efecto á ese desgraciado negro casi desnudo; el amo lo tiene del brazo y lo pasea en el mercado, cual si fuera una bestia de carga. El comprador se aproxima; examina al negro, le abre la boca, le palpa la lengua y las muelas; le registra los ojos, los piés, los miembros todos del cuerpo, para cerciorarse si no tiene alguna tacha ó enfermedad, y luego ofrece el precio que considera pueda valer. Así se vió tratado san Vicente de Paul, cuando fué expuesto cual mercancía sobre la plaza de Túnez, pues que la esclavitud fué siempre el mismo negocio.

Personas caritativas nos ayudan, á menudo, es verdad, á rescatar alguno de esos pobres huérfanos que nos contemplan con miradas conmovedoras, y nos dicen: «Blanco, rescátame.» Pero, ¡ay! ¡cuántas veces no podemos satisfacer esta peticion y nos vemos obligados á ahogar la voz de nuestro corazon! pues no siempre tenemos en nuestras manos la suma necesaria para este rescate; y lo que es aun más lamentable, es que los esclavos no redimidos se ven frecuentemente inmolados en sacrificio en aras de los ídolos; sacrificios humanos que no pocas veces mancillan esas desdichadas tribus.

Bajo el punto de vista doméstico, triste es decir que la vida de familia no existe en el continente africano, al menos en el sentido noble que aplicamos á esta palabra.

Doquiera que la mujer no haya adquirido ó doquiera que haya perdido esa aureola de una santa igualdad en el hogar doméstico, doquiera que haya cesado de ser para el hombre esa ayuda semejante á él mismo, *adjutorium simile sibi*, que la divina Bondad quiso dar al hombre en el paraíso terrenal; la armonía que constituye la familia se hace imposible. La mujer africana, á pesar de los honores con que á veces se la distingue, no deja de ser una esclava entregada á la abyeccion más completa, en vez de ser esa noble y fiel compañera que Dios otorgó al hombre, para que con él participara de sus dolores y de sus alegrías. La poligamia reina en todas las tiendas de los africanos, juntamente con todos vicios y desórdenes consecuentes.

Hijos tiene el padre, pero no los conoce por decirlo así. Cuida la madre del niño hasta el día en que éste puede por sí mismo proveer á sus necesidades; pero estos mismos esmeros son, á la verdad, bien poca cosa, y es preciso que la raza africana sea bien constituida, para que no perezca el niño, víctima de la desidia materna. Bajo este aspecto no hay privilegios. El hijo del rico sufre la misma suerte que el hijo del pobre; uno y otro son equiparados en el abandono de los que los engendraron. Nada de pañales, ni el más pequeño trapito para abrigar su endeble cuerpecito, ni blando lecho para recostar sus tiernos miembros; el desnudo suelo, tal es su único lecho; entre tanto, nunca encontrareis á un hombre contrahecho, pues que es costumbre entre esas gentes ahogar á toda criatura que naciera con algun defecto.

¡Qué triste espectáculo es el de las pobres mujeres

africanas, condenadas á aguantar las pesadas faenas del campo, ó hacer las veces de una bestia de carga, sin contar las duras atenciones de la maternidad, sin que jamás les sea dado disfrutar las compensaciones de la vida de familia, siempre alejadas de esa atmósfera perfumada que se respira en los hogares cristianos!

Cuando las mujeres no han dado plena satisfacción al amo, encuentran en él un tirano que las maltrata y á veces las lastima hasta ocasionarlas la muerte. Comparad, mujeres cristianas, este estado de abyección y de desprecio en que yace la mujer pagana con la suerte dichosa de las matronas de nuestros países civilizados por el Evangelio, y os vereis obligadas á reconocer que pueden tenerse por venturosas las mujeres que descansan su debilidad sobre la cruz del Salvador, y que deben por lo tanto una gratitud ilimitada á Jesús que las rehabilitó, restituyéndolas por medio del Evangelio, el lugar de honor que les corresponde en la sociedad.

Permitidme ahora os dé algunas noticias respecto á la religion de esos paganos. Mucho habria que decir sobre este particular; pero me contentaré con daros de ella una idea sucinta.

Admiten, es cierto, esos idólatras la existencia de un Dios único y creador: no le rinden empero el menor homenaje. Demasiado arriba de ellos está, dicen ellos, y no cabe en su naturaleza hacerle el menor daño. Por lo demás sólo cuida de los blancos, que tiene por sus hijos predilectos. Y de paso, os haré notar un hecho singular, y es que ellos llaman blancos á todos los que *comieron sal*, esto es á todos los que fueron bautizados. Según ellos, el bautismo ensalza al hombre y le dignifica; entre tanto no saben ellos deducir la consecuencia lógica de su propio raciocinio, y siguen, para no sentirse molestados, viviendo en el embrutecimiento y las supersticiones del fetiquismo.

Los portugueses, que fueron los primeros que aportaron á las costas de Guinea, denominaron *feitico*, *feiticos*, el conjunto de todos los objetos á los que los negros rinden culto; los cuales mudan de forma y especie, según las localidades. Los hay, en su concepto, de variado poder y de virtudes muy diversas. Por ejemplo, este fetiquio viene á ser el dios del maíz, porque ellos suponen que á éste se deberá la abundancia del maíz en la casa. Tienen fetiquios de la salud, cuyo patrocinio está en que alejen cuanto pudiera dañar á la salud. Si el fetiquismo sólo consistiera en tales supersticiones, acaso la suerte de los negros nos inspirara menos compasión; pero desgraciadamente es algo más horroroso. La principal deidad de nuestros paganos es la serpiente que ellos llaman *dangbé*, monstruo de la familia de los pitones. Hemos visto en una de nuestras estaciones el templo de *dangbé*, poblado con 30 ó 40 de dichas serpientes. Cuando los negros se topan con alguno de esos reptiles, póstranse en su presencia, y le ofrecen sus homenajes restregándose fuertemente las manos; este es su modo de adoración; se acercan á él con respeto, tomanlo entre sus brazos con mil cuidados, depositarlo en un cesto, y de este modo lo restituyen á su templo, temerosos de que le suceda alguna desgracia. Si tuviéramos la mala suerte de dar muerte á algunos de esos reptiles, aún cuando fuera involuntariamente, acarrearíamos sobre nosotros la ira y la venganza de los sacerdotes y sacerdotisas que cuidan del culto de esos monstruos. Pues si no con la vida, al menos con una crecida multa hubiéramos de pagar tamaño sacrilegio; pero,

¡ay del negro que cometiera semejante atentado! A tal grado de horror ha llegado el culto de la serpiente en nuestra Mision, que si alguno de esos monstruos halla á un tierno niño y lo devora, los padres de la malograda víctima se postran en el polvo y agradecen á esa rastreadora deidad, por haberse dignado elegir al fruto de su amor para pábulo suyo.

Un día una vieja negra agarró una especie de trípode de palo, puso encima á un *dangbé* y principió á interrogarle, mientras dos jóvenes sacerdotisas arrancaban de sus *tam-tams* sonidos sordos y monótonos y el sacerdote mayor ejecutaba en derredor una danza lenta y llena de gravedad. A veces la serpiente se torcía en espirales, enderezábase otras sobre su cola ó se enroscaba en torno del brazo de la sacerdotisa. Animado, según ellos, de este modo con el soplo profético, el monstruo anuncia el porvenir á los asistentes llenos de pavor y respeto.

Este género de adivinación es una grosera imitación de la que se usaba entre los pueblos civilizados de la antigüedad pagana. Se vuelven á hallar los violentos estremecimientos de la pitonisa y las mágicas voces de los oráculos. Por otra parte, no hay que extrañar que aquel que desde el principio tomó la figura de una serpiente para seducir á Eva, se valga nuevamente de la misma pérfida bestia, para engañar también por medio de la mujer á los hijos de Adán y atraerse á sí mismo los honores que sólo á Dios son debidos.

Y ¿si ahora os contara yo como durante mucho tiempo paseaban los negros á una boa constrictor, con suma pompa, una vez cada año, por las calles y plazas públicas de Whydah? El demonio recibe el culto que nosotros, los hijos de la verdad, tributamos á nuestro Señor Jesucristo en el santísimo Sacramento de su amor.

VIAJE EN EL YORUBA.

El P. Holley, de las Misiones africanas de Lyon, nos da los siguientes interesantísimos detalles acerca de esas comarcas del África occidental que ofrecen al Catolicismo las más risueñas esperanzas.

I.

PARTIDA.—UN JEFE QUE NO SABE VIVIR.—EL NEGRO ALGO CHINO.

En enero de 1883 el P. Chause terminaba el primer viaje de exploración importante emprendido en nuestro vicariato. En cuatro meses había visitado la parte septentrional del Yoruba, y quedaban por conocer las ciudades interiores de este interesante reino. En enero de 1884 formóse una nueva expedición, y como la primera vez, tuve la dicha de acompañar á nuestro venerado superior en tan penosa exploración.

La estación estaba muy adelantada, y no teníamos que temer las lluvias; pero dejábase sentir el calor más intenso del año, presagiándonos excepcionales fatigas. Desde los primeros días de enero el reverendo Padre superior llegó á Abeokuta para tomar el camino del interior.

No estará de más que digamos que de ocho años á esta parte los caminos están cerrados á los europeos. A pesar de las reiteradas tentativas de los ministros protestantes, ninguno de ellos ha logrado franquear las

triple ó cuádruple muralla real ó imaginaria que prohíbe toda exploración á la gente de color. Esta barrera real sólo existe en la voluntad de las autoridades de Abeokuta, que nos manifiestan viva simpatía, y en esta ocasión no dejaron de demostrar la diferencia que hacen entre los ingleses (á los ojos de los negros todo inglés es necesariamente protestante) y los Aguda (Aguda es definitivamente sinónimo de católico). Constantes, en su táctica de políticos consumados, los jefes nos pidieron que abandonásemos sigilosamente la ciudad, para no dar pretexto á los malévolos ó á los descontentos á que hiciesen una manifestación contra nosotros.

En lo más oscuro de la noche transpusimos las fortificaciones de Abeokuta, dirigiéndonos hácia el Noroeste. El país es muy escabroso: picos peñascosos, gargan-

tas profundas y angostos valles presentan un magnífico golpe de vista. Al Este, por el contrario, una inmensa llanura y un horizonte sin límites ofrecían singular contraste. A las tres horas de marcha llegamos á orillas del Ogun, que baña las fortificaciones de Abeokuta al Oeste, y se desvía de ellas súbitamente para volver á su curso á través de las inmensas llanuras del Yoruba.

La primera ciudad que encontramos en nuestra marcha es Berekudo, punto de reunión de los traficantes que vienen de Abeokuta á cambiar sus productos, ó mejor, tejidos europeos y tañá, por los objetos del interior. En esta ciudad abundan en toda estación los esclavos jóvenes y viejos, hablando diferentes lenguas, procedentes de todas las extremidades del Yoruba, del reino de Tapa y de las llanuras de Haussa.



YORUBA (Africa occidental).—Incendio en Oyo. (Pág. 411).

Berekudo es una ciudad de cuatro ó cinco mil habitantes, edificada en el centro de una gran llanura casi completamente árida. Las fortificaciones que la rodean son de construcción reciente. Poco tiempo atrás esta ciudad no tenía, para protegerse contra las visitas del enemigo, sino espesos zarzales que le sirven de adorno.

Como se necesitan diez horas para ir de Abeokuta á Berekudo, era ya casi de noche cuando nos presentamos al jefe de la ciudad, anciano seco y meticoloso que no sabía cómo recibirnos. Después de gastar mucha saliva, ofreciéndonos por fin hospitalidad: estábamos postrados de fatiga, y en vez de la cordial acogida que necesitábamos se nos vendía caro el mezquino hueco donde se nos permitió dormir.

Además, aquella gente se empeñaba en que habíamos de volvernos, so pretexto de que no teníamos pasapor-

te, de que no se les había advertido previamente, de que los blancos no pasaban, etc.

Con hombres tan suspicaces y temerosos tuvimos que hacer prodigios de elocuencia para que se nos permitiese continuar la marcha; y no pudimos evitar que fuesen á dar noticia de nuestra salida á los egbas de Abeokuta, lo que escandalizó no poco á los protestantes. Estos últimos, celosos de nuestro feliz éxito y humillados porque se les adelantaban los Agudas, resolvieron hacer desastroso nuestro regreso suscitándonos un proceso. Habíamos ya abandonado Berekudo, y nuestros enemigos agitábanse para entorpecernos el viaje.

Al Norte de Berekudo hay inmensas plantaciones, las más bellas que hemos visto hasta el presente. En llanuras surcadas por riachuelos que dan á esta parte del Yo-

rubra una fertilidad poco comun, se ven plantadas algunas palmeras.

El maíz, la batata y las judías de todo tamaño abundan en las numerosas granjas situadas inmediatamente al Norte de Berekudo. Sea temor ó pereza, los negros del país concentran todos sus esfuerzos en los alrededores de sus moradas, y no se atreven á cultivar á lo lejos.

Toda esta parte del Yoruba ofrece extensas, hermosas y fértiles praderas: lo que falta son brazos para multiplicar las cosechas y doblar la riqueza.

El negro sigue siempre la misma rutina, y nada mejora: como se plantaba en tiempo de Cam, planta hoy y plantará mañana, y contentase con las batatas y la alcandía, las judías y el maíz. Si un extranjero le lleva

un fruto desconocido, se verá obligado á hacer que produzca una, dos, veinte veces antes de que se le dé crédito.

Si se trata de introducir un instrumento, trabajo perdido, pues tardará un siglo en ser aceptado.

—Nuestros padres no conocían este aparato: por consiguiente nada vale, pues los viejos tienen más ingenio que los jóvenes.

Así ratiocina el negro.

II.

EL REY DE ISEHIN.—LOS MAHOMETANOS: SU INFLUENCIA.

Habiendo partido de Eseado á las siete y media de la mañana, caminamos largo tiempo por entre un cortejo



YORUBA (Africa ccidental).—El bufon del rey de Isehin. (Pág. 410.)

de honor formado por el rey y toda la poblacion válida del lugar, que nos deseaba feliz viaje y pronto regreso.

Bajo un sol de fuego vímonos obligados á las diez á detenernos en medio de un campo de batatas. El agua era rarísima, y tuvimos que pagarla muy cara.

A lo lejos, por la parte del Oeste, veíamos los últimos vestigios de la cordillera que comienza en Eruwa. A trechos, en el fondo de los valles, verdes bosquecillos habían escapado á los ardores del sol devorador del Harmattan.

Alegrónos esa vista, y la esperanza de encontrar un poco de agua nos hizo apresurar el paso.

Pero ¡cuántas decepciones! Bajo aquellos verdes árboles todas las caravanas practicaban un hueco, y disputábanse el agua. Nosotros hicimos como todo el mun-

do, y por precaucion bebíamos el agua nauseabunda al través de nuestros pañuelos con escándalo de los indígenas, que bebían con parsimonia lo poco que queríamos arrojar.

Subimos penosamente una colina peñascosa, cuando uno de los portadores que nos precedía, divisó desde lejos á un hombre cubierta la cabeza con un enorme sombrero de paja y exclamó:

—¡ Oh, aquel hombre que viene es mi padre!

Preso un día por los habitantes de una ciudad vecina, había sido vendido por ellos á un católico rico de Abeokuta. Hacia seis años que no veía á su país, y gracias á la buena voluntad de su dueño pudo seguirnos como portador. El hijo saludó á su padre, quien á los pocos momentos se deshizo en sollozos. Apenas había-

mos transpuesto las tapias de Isehin toda la familia y los amigos y conocidos de nuestro portador llegaron para felicitarle por haber caído en poder de un blanco que le volvía sano y salvo.

Escortados por mas de mil personas llegamos á la plaza del palacio real. Prevenido de nuestra llegada, el rey nos admitió á su presencia y nos dispensó la más cordial acogida. Vestido á la oriental con una inmensa *agbada*, compuesta de piezas de seda de diferentes colores, el rey llamado Lawore, estaba muellemente sentado en una piel de onza bellísima y muy sedosa. Nos dió leche y otras cosas, y despues fuimos á tomar algun descanso.

La ciudad de Isehin se extiende en una grande superficie; mas la poblacion es relativamente poco densa. La parte Oeste de la ciudad, que podria llamarse nueva, está en el valle y bastante bien construida: los otros barrios son más ó menos escabrosos, separados por una especie de zanjas abiertas por las lluvias torrenciales del invierno.

Algunos bosquecillos de árboles gigantesos sirven de retiro á las águilas y buitres, á los cuervos y ardillas.

La ciudad está rodeada de murallas bastante altas y de un foso bien conservado. Dos barrios principales son habitados exclusivamente por mahometanos, quienes trabajan por adquirir en el país una preponderancia definitiva.

La poblacion, en gran parte pagana, está sumamente apegada á sus ídolos, y los feroces hijos de Mahoma amenazan con toda suerte de males á los que no recurran á sus brujerías.

El ministro protestante allí establecido, Dadi Forster, les hace constante guerra; pero reducido á sus propias fuerzas, no adelanta un paso, y en diez años casi no ha hecho ninguna conquista: en las Misiones apacibles de la costa, sus compañeros, bien retribuidos, para nada se cuidan de la Mision de Isehin, condenada de antemano por falta de recursos, es cierto, pero tambien por falta de principio vital.

III.

REGALOS OFRECIDOS POR EL REY DE ISEHIN.—EL BUFON DEL REY.—GUERRA CON EL DAHOMEY.

El rey de Isehin habita un palacio compuesto de un conjunto de casas unas al lado de otras sin orden ni simetría. La parte ocupada por el rey es algo más grande, merced á las inmensas *verandas* que rodean un patrio cuadrado y en donde recibe todos los días las numerosas visitas que le importunan. Cada vez que le visitamos encontrámosle en medio de unas treinta mujeres que salían del serrallo, yendo y viniendo para vernos y examinarnos curiosamente.

Contento con los regalos que le había ofrecido el Padre superior, Lawore correspondió con dos cerdos, un carnero, tres sacos de cauríes, leche y huevos de pava y de *colas*.

En Isehin el rey lo es todo, y todo lo sanciona con su autoridad. Aquí nada es válido si el rey no pone en ello la mano. Percibe un derecho sobre los nacimientos, los matrimonios y los entierros. Cuando se construye una casa, el rey percibe una suma que equivale para el propietario á un derecho de ciudadanía. Si una deuda está en contienda, el rey es el *ugier*, el abogado y la fuerza armada. Él percibe los impuestos de todo lo que entra en la ciudad. Por otra parte las cargas que

tiene que suportar son considerables: en ciertos días da de comer á todos sus oficiales, que son en gran número.

La única cosa notable en Isehin es la inmensa avenida que conduce al palacio del rey. Tiene quinientos metros de largo, por veinte, treinta y á veces cuarenta de ancho, y está adornada por hermosos árboles verdaderamente gigantesos.

Para ser una ciudad admirablemente situada, sólo le falta que estén provistos de agua todos sus barrios. Casa hay que dista más de media legua del lugar donde puede encontrársela, y en la estacion seca que ahora atravesamos es preciso levantarse muy de madrugada, so pena de toparse junto á un pozo mal abierto, ó en las secas orillas de un riachuelo que atraviesa la ciudad, centenares de personas que se disputan un agua ne-gruzca y nauseabunda.

Pudiera contarse en el número de las maravillas de la ciudad el bufon del rey, que se nos presentó un día de improviso para darnos pruebas de su talento de hablador. Es de baja estatura y fisonomía ordinaria.

Al acercársenos exclamó á grandes voces:

—Dicen que soy loco, porque digo la verdad.

Luego entró en materia y habló dos horas seguidas, á ratos riendo á carcajadas, y á ratos tomando un aire serio que contrastaba singularmente con su aspecto bastante cómico.

—A cada uno lo suyo, decía; mi padre era muy fuerte, el rey tiene mujeres, el blanco es rico, el mar está lleno de agua, y yo tengo palabras en la boca de tal suerte que, si quereis escucharme, hablaré sin tomar aliento hasta la noche.

Y en efecto, charlaba con tal velocidad que no se advertía que respirase, y menos tenía tiempo para reflexionar. Poseyendo el derecho de decirlo todo, se aprovechaba de él á su sabor, y su charla, eco de todos los escándalos de la ciudad, dista mucho de respetar los oídos de los que le escuchan. Censura con una libertad de otra época las faltas que descubre en los demás.

La poblacion de Isehin puede evaluarse en seis ó siete mil habitantes. El pueblo parece sumamente sencillo, morigerado y simpático. Aunque en exceso aferrados á sus ídolos, los negros se dejarán convencer con facilidad cuando se establezca allí una Mision católica.

El rey, aunque en parte fascinado por los maleses mahometanos, obedece sus prescripciones más por política que por convicción. Seria uno de los primeros en ayudar con su dinero y su influencia al establecimiento de una Mision en su capital, y no seria el último en enviar sus hijos á oír la divina palabra. Él mismo vino á oír un sermonato que improvisamos, y á todas las razones que le presentábamos para convertirse, contestaba: *Amin*.

Mientras estábamos en su ciudad, Lawore recibió la orden de estar dispuesto para reunirse á la expedicion que el rey de Yomba enviaba contra el Dahomey.

Cuando le vimos, pocas horas antes de su partida, estaba en medio de sus mujeres. Un malés cubierto de andrajos le recitó con voz melosa todas las oraciones de su repertorio: los fetiquistas de Chango, de Obatalla, de Ifá y otros se sucedieron en la tarea, y el rey contestaba invariablemente: *Amin*.

Esforzabase por aparecer impávido, pero sus sonrisas eran forzadas, y aparecia muy arrugado su entrecejo. Temia, á no dudarlo, un fatal éxito para esa colosal expedicion.

El jefe de los eunucos del rey de Oyo dirigía el ejército cuyo desfile presenciábamos. Había muchos hombres, pero pocos soldados, bastantes caballos, pero ni siquiera tres jinetes. Hasta el mismo desdichado general en jefe fué desmontado por su caballo, y tuvimos que darle nuestra tienda para que se hiciese con ella una hamaca. ¡Curioso espectáculo! un eunuco en hamaca yendo á la conquista del Dahomey. Hubiérase dicho que era aquello una parada. Traían pólvora y también balas, pero no poseían un solo fusil en estado de servicio.

Esos guerreros no habían olvidado proveerse de cuerdas en grande escala, pues se prometían capturar fácilmente las Amazonas, esos intrépidos soldados del rey Dada.

Toda la expedición ofrecía más bien el aspecto de una retirada en desorden que el de un ejército regular marchando sobre el Berlín africano... Hubo combate, es cierto, pero el eunuco se guardó preciosamente para su rey emprendiendo la fuga. Lawore, rodeado por las Amazonas, que no se sospechaba estuviesen tan cerca, y á las que se buscaba sin deseo de encontrarlas, se ha conducido valientemente, ¡logrando escaparse! Su huida es el más alto hecho de armas de esta desdichada expedición.

El rey, montado en cólera, ha querido volver á enviar su eunuco y hacerse matar por el Dahomey. El infeliz jefe de palacio ha excitado una rebelión en Oyo, y esta ciudad, interesada en la cuestión, le ha defendido.

IV.

EN OYO, CAPITAL DEL YORUBA.—INCENDIO DE NUESTRA MISIÓN.—REGALOS OFRECIDOS POR EL REY.

Llegamos á Oyo el 17 de febrero, después de una marcha de doce horas bajo un sol de fuego.

El rey, que se llama Alafin (dueño del palacio ó que entra en él), no se deja ver fácilmente; pero sus oficiales habían dado orden para que se nos instalase en casa de un protestante, hijo de un antiguo esclavo del rey.

El día siguiente al de nuestra llegada se pasó en recibir visitas y las felicitaciones de los enviados del rey. Este último, á la vez que difería la audiencia solemne que nos reservaba, nos hizo ofrecer muy de mañana un saco de caurís, un cesto de preciosas batatas y un gallo verdaderamente regio. Por la tarde habíamos hecho una caza abundante, y muerto muchos pichones, águilas, lekeleke, etc. A nuestra vuelta nos encontramos con los embajadores del rey, anunciándonos para el día siguiente la audiencia prometida. Todo nos venía á pedir de boca.

La velada fué más alegre que el día anterior, pues estábamos todos repuestos de las fatigas.

A las nueve nuestra gente durmióse á nuestro derredor en un desorden admirable.

Todo el mundo estaba sumido en un profundo sueño, cuando, á cosa de la una y media de la madrugada, uno de nuestros hombres fué despertado por el fuego que le deslumbraba, y nos despertó á todos sobresaltado á los gritos repetidos de:

—¡Fuego! ¡fuego! ¡hay fuego en la cabaña!

Era ya tiempo. El fuego estaba cerca de mi cabeza. El Padre superior arrolla su estera y abrigos, hago yo lo mismo, y en medio de un tumulto indescriptible los

llevamos al huerto, que en breve está cubierto con todo lo que podemos arrebatar á las llamas. La silla de uno de nuestros caballos fué la presa del incendio.

En menos de cinco minutos dos grupos de cabañas fueron completamente invadidas por el fuego, sin que hubiese tiempo para salvar la menor cosa. Fué un sálvese quien pueda general en medio de los gritos de las mujeres y de los niños.

Procuramos poner algún orden en aquella confusión, y después á los últimos fulgores del incendio que acababa de cumplir su obra de destrucción, descansamos acostados al aire libre, en medio de plantaciones de maíz y de batatas.

Apenas habíamos conciliado cuando el rey, advertido del siniestro, envió á saludarnos y *contarnos*. Quería que su mensajero se asegurase de que nadie había perecido y que nuestra vida estaba en salvo.

A poco de despedirse la primera embajada, nos llegó otra para poner á disposición del dueño de la cabaña arruinada por el desastre, esclavos del rey, madera y paja en cantidad suficiente para reparar al momento lo que fuese necesario á fin de dar un abrigo á los blancos.

Al apuntar el alba cada cual estaba en su puesto, y el sitio en que habíamos pasado la mitad de la noche, estaba ya reconstruido por la tarde.

El malhechor que se había atrevido á incendiar nuestra cabaña no es otro que el jefe de los esclavos del rey, poderoso protector de los protestantes. Celoso de que los blancos no pernoctasen en su casa, resolvió vengarse, y tomando sus precauciones logró reducir á cenizas dos vastas hileras de cabañas.

Forzoso es confesar que esto era un mal principio en la capital; poco faltó para que quedásemos arruinados en cinco minutos, y no sabíamos si estábamos todavía á merced de la misma mano enemiga. Sin preocuparnos con exceso de lo que podría suceder encomendámos á la divina Providencia el cuidado de velar por nosotros y de protegernos en medio de los peligros que pudieran rodearnos.

CRÓNICA.

Francia.—El 16 de octubre último, un misionero abrazaba á su padre, anciano venerable de quien ya en el bote que debía conducirlo á bordo de un vapor anclado de las aguas de Marsella, se despedía con el pañuelo del que necesitaba para limpiarse las lágrimas que abundantes se precipitaban por las mejillas.

El espectáculo, aunque tiernísimo, no era nuevo. Todos los años salen de los puertos de Europa jóvenes levitas que marchan á remotos países donde, si los naturales les perdonan la vida, el clima y los elementos ó les matan ó les roban para siempre la salud.

La novedad estaba en que el joven misionero que daba á su padre acaso el último abrazo era, antes de vestir la humilde sotana de misionero, el noble vizconde de Guebriant, uno de los aristócratas más ilustres de la ilustre Bretaña.

—Con el epígrafe de «El degüello de treinta y un mil cristianos,» publica *El Figaro* de París las siguientes líneas, que debieran llenar para siempre de oprobio al Gobierno francés, aunque éste en lo demás no hubiera cometido ni una sola falta.

«Las Misiones contaban en Anam á fin de junio, 42,000 cristianos diseminados en cinco provincias.

« 10,000 han sido degollados en julio.

« 14,000 en el mes de agosto.

« 4,000 tuvieron que refugiarse en Cochinchina.

« 7,000 han sido degollados en octubre.

« 2,000 se escaparon á Laos.

« 4,000 sobreviven á tantos desastres.

« En suma, que 42,000 cristianos han sido asesinados ó han tenido que huir para salvar la vida. Tal es el resultado de nuestra ocupacion militar de Anam.

« El martirologio de nuestros sacerdotes jefes de esas Misiones es largo. En su mayor parte han perecido despues de haber visto incendiadas sus iglesias. No hay noticias de seis de ellos, víctimas de la persecucion que amenaza extenderse al Sur de la China, y que no perdonará á ningun cristiano, porque tales atrocidades quedan impunes, no obstante cometerse á pocos kilómetros de nuestros puestos militares. »

—Segun un diario francés, diez y nueve misioneros de la Compañía de Jesus se hicieron á la vela en Marsella el mes pasado con direccion á Kiang-Nan (China), siendo de notar que esta expedicion ha salido al mismo tiempo que llegan noticias tan funestas de aquella region.

—Una bella y conmovedora solemnidad ha tenido lugar hace pocos dias en la basílica de Nuestra Señora de Lourdes: Mons. Cazet ha recibido la consagracion episcopal para Madagascar, de mano del cardenal Desprez, arzobispo de Tolosa, asistiendo Mons. Delaunoy, obispo de Aire, y otros muchos Prelados.

La célebre Basílica se hallaba ocupada completamente por numerosos clérigos y una gran concurrencia de fieles.

Tan notable ceremonia ha terminado con la bendicion pontifical dada por el nuevo Prelado.

Dentro de pocos dias, Mons. Cazet volverá á ocupar su puesto en las Misiones de Madagascar.

El nuevo obispo de Madagascar, Mons. Juan Bautista Cazet, nació en Jurançon (Bajos Pirineos) el 31 de julio de 1827, dia del Santo fundador de la religion de la Compañía de Jesús, en la que él entró más tarde en el noviciado de Tolosa, mereciendo por su virtud y altas cualidades que le nombraran en 1864 superior general de la Mision de Madagascar, y en 1872 sucedió en calidad de vicario apostólico al Rdo. P. Jouen, que se puede llamar el fundador de esta Mision.

Las obras llevadas á cabo por el Rdo. P. Cazet, hoy obispo de Madagascar, hablan altamente de su celo por la salud espiritual y el bienestar de aquellos naturales. Dos grandes centros de Mision, dos grandes colegios, multitud de escuelas con sus catequistas, treinta y dos cristiandades, formadas de quince ó doce parroquias, cada una con su iglesia y una pequeña imprenta, en la que se publicaba el Catecismo, los libros de oraciones, los autores de texto para los colegios, y una pequeña revista mensual en lengua malgache; una magnífica catedral, y lo que vale más, unos 80,000 isleños convertidos al Catolicismo, tales son los resultados obtenidos por el Rdo. P. Cazet, á costa de muchos trabajos y fatigas.

Pero por desgracia esta Mision tan bien organizada, que habia producido tan copiosos frutos, y los hacia esperar aún mayores para adelante, vino á interrumpirse en 1883, en que por haberse declarado la guerra, fueron obligados los Padres de la Compañía á salir de la capital.

Es de esperar que la ereccion del nuevo Obispo de

Madagascar sea el principio de una nueva era de prosperidad para aquella hermosa y vasta Mision.

Noruega.—El Ilmo. Van den Braden de Reeth, obispo titular de Erythreo y auxiliar de Malines, há poco fué á Noruega para proceder á las ordenaciones, acto imponente que se cumplió en Drontjam. Desde la Reforma no se habia celebrado semejante ceremonia en aquel lejano país.

La situacion del clero católico, que empieza á renacer en Noruega, es angustiosa; al paso que el clero luterano disfruta considerables rentas. El territorio está dividido en seis obispados protestantes, que son otras tantas pingües prebendas explotadas por doctores luteranos de la universidad de Cristianía. Al par que el anglicanismo, el luteranismo escandinavo está roído por las sectas en las capas inferiores, y por la indiferencia y el ateismo en las clases elevadas.

Birmania.—En la pág. 413 damos el retrato del celoso misionero Ilmo. Bigandet, de las Misiones Extranjeras de París, obispo titular de Ramatha. Nació el año 1813 en la diócesis de Besanzon, y partió para las Misiones de la Indo-China en 1837. En 1856 fué nombrado coadjutor del vicario apostólico de Malasia, y en 1870 vicario apostólico de la Birmania meridional.

El reino de Birmania, contra el cual créese que va á emprender la lucha Inglaterra, confina por el Norte y Sur con las posesiones inglesas de Assan y Pegú y con el Imperio chino al Oeste y Nordeste. Los birmanes se diferencian mucho de los demás países de la India, por sus cualidades guerreras, siendo por tanto amantes de su independencia. La religion de los birmanes es la de Budha, á quien consideran como redentor de la humanidad; creen que los buenos gozarán una felicidad eterna y los malos castigos eternos tambien. La forma de gobierno de este país es despótica; todos los honores y destinos dependen de la voluntad del rey: su familia compone el tribunal superior. Todos los hombres se hallan sujetos al servicio militar; la infantería usa mosquetes, y el armamento en general es muy antiguo, contando, sin embargo, con algunos millares de fusiles y varios cañones de modernos sistemas.

La riqueza del suelo de Birmania es maravillosa; las llanuras, fertilizadas por muchos rios, producen excelentes trigos, caña de azúcar, tabaco y otros frutos tropicales. Los bosques contienen buenas maderas de todas clases y pinares magníficos en mucha extension. Pero la riqueza principal en Birmania está en las minas; encontrándose de oro y plata cerca de las fonteras de la China, y en el interior las hay de hierro, plomo, azufre y estaño, lo mismo que canteras de mármol y de jaspes.

La principal poblacion de los birmanes es Ava, se halla edificada á orillas del rio *Yrauaddy*; la ciudad la forman casas muy medianas y hasta feas y destartaladas, siendo el único edificio regular el palacio del soberano y dos ó tres templos; tiene 50,000 habitantes próximamente. Despues de Ava sigue en importancia la poblacion de Saigang, que sostiene algun comercio, y á corta distancia Amarapura, con 30,000 almas, es plaza fuerte con buenas murallas y grandes fosos que se pueden inundar con las aguas del rio *Yrauaddy*. Bampú es otro de los pueblos importantes por el mucho comercio que sostiene con China. Las demás capitales son de poca consideracion.

La Birmania ejerció gran influencia en la antigüedad sobre los demás países de Oriente, pero las conquistas de los ingleses han estrechado cada vez más sus límites, habiendo perdido los birmanes todos sus puertos y siendo ya en cierto modo como una colonia de la Gran Bretaña.

Congo.—Se suponía que este era un país africano perfectamente pacífico, aunque más ó menos primitivo, y así lo hacía creer el empeño de la Asociación internacional, establecida en Bélgica, por colonizar aquellas regiones.

Pero si es cierto lo que al *Figaro* de París le escribe su corresponsal en Bruselas, con referencia á un oficial que acaba de regresar del Congo las tribus no se contentan con andar en guerra entre ellas constantemente por el simple gusto de matar el tiempo destruyéndose unas á otras, bajo los pretextos más insignificantes, sino que practican buenamente todas las costumbres bárbaras del Dahomey.

Si muere un cacique sacrifican cincuenta hombres sobre su tumba, para que su alma pueda llegar al otro mundo con el correspondiente séquito.

Los esclavos, lo mismo que si se tratara de corderos, se venden, y es perfectamente legal comprar uno ó varios, degollarlos despues, guisarlos ó asarlos, y servir con tal plato un suculento festin.

La Asociación trata de que cesen tan bárbaras costumbres, y desde luego los caciques se han obligado á respetar á los empleados y representantes de la sociedad.

Pero... ¡Dios les libre de que un día se les dispierte el apetito á los habitantes del Congo!

Dahomey.—El rey de Dahomey envió seis mil hombres y su batallón de amazonas contra las aldeas de Puerto-Nuevo, colocadas bajo el protectorado francés. Incendiaron diez villas, degollando sus hombres y mujeres. Encadenaron además unas mil personas, destinándolas á sus horribles sacrificios. El cónsul francés de Lagos confirmó la fatal noticia.

Antillas.—Hé aquí algunas líneas de una carta escrita por una religiosa dominica, encargada de la sala de

leprosos del hospicio de Cocorite, en la isla de la Trinidad:

« Me considero tan dichosa cuidando nuestros queridos leprosos, que no trocaría por el mayor imperio de este mundo mi sala de veinte enfermos, con sus llagas algo repugnantes y sus fisonomías más ó menos salvajes. Entre ellos hay algunos que no tienen piés ni manos; otros los tienen á medias; unos presentan la boca torcida; muchos los ojos atravesados. Hay dos medio locos, y uno que lo es por completo: de dos que apenas pasan de la infancia, uno llora continuamente y otro canta sin cesar. Tenemos tambien dos músicos que nos dan frecuentes conciertos con instrumentos de poco precio, una viola estropeada y sus platos y vasos de metal.

Casi todos ellos me llaman su *pequeña madre*; título de que me enorgullezco y que procuraré merecer siendo para ellos en lo posible una verdadera madre.»

Si el siglo XIX tienes escándalos, ofrece tambien ejemplos conmovedores de una abnegación que sólo la fe católica puede inspirar. ¿Quién osará negar el título de divina á una religion cuya savia se trasmite vigorosa á través de un espacio de tiempo de dos mil años?

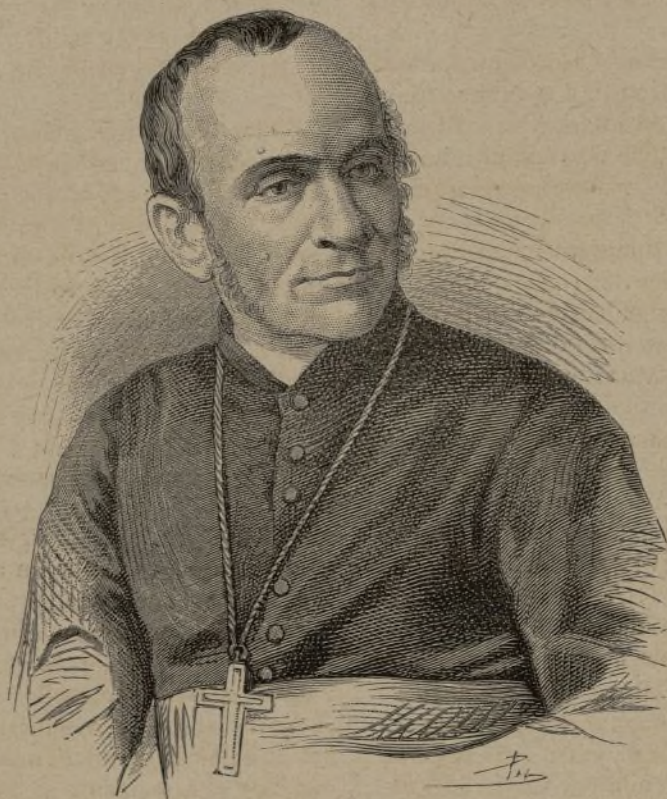
Estados-Unidos.—

El 27 de setiembre se ha verificado en Washington una consagración episcopal. Es la primera vez que semejante ceremonia tiene lugar en la capital de la república norteamericana. Mons. Jeremías O'Sullivan, párroco de la iglesia de San Pedro, nombrado obispo de San Agustín, ha querido

ser consagrado en la iglesia que rige hace largo número de años. Mons. Gibbons, arzobispo de Baltimore, era el prelado consagrante, y asistentes los Obispos de Richmond, de Charleston y otros varios.

Conocida la grandiosidad de la ceremonia de la consagración de un obispo, puede presumirse lo que habrá llamado la atención en Washington, donde el nuevo Obispo es tan antiguo, conocido y estimado. La muchedumbre no logró penetrar toda en el santuario por falta de sitio donde meterse. Los protestantes no ocultaban la impresion que les causaba la majestad de la liturgia católica.

Habiendo querido los feligreses de Mons. O'Sullivan darle un testimonio de afecto, el nuevo Obispo le ha



J. P. Biguenet, A. E.
Vu op. de la Birmanie.

rechazado, declarando que pobre vino á la parroquia de San Pedro, y pobre quiere salir de ella. Hé aquí pintado el carácter de los Obispos misioneros, y así se comprende que puedan improvisar templos y multiplicar su rebaño: el secreto está en el sacrificio y en la abnegación.

—Al colegio de Woodstock llegó hace poco el P. Catalde procedente de la Europa. Buscaba misioneros para las misiones de los salvajes de las Montañas Berroqueñas. En Italia, Bélgica, España, etc., se ofrecieron no pocos á seguirle, habiendo aceptado unos treinta entre sacerdotes y hermanos. Siendo la misión muy difícil y fatigosa, se requiere una constitución robusta para sufrir las fatigas consiguientes, y talento para aprender diferentes lenguas.

—Escriben de Nueva-York con fecha 30 de setiembre:

«La ciudad de Broockhyn, que es llamada la orilla de las iglesias, porque los campanarios se elevan en todos los puntos del horizonte, ha sido testigo de imponentes manifestaciones católicas. Su diócesis fué fundada en 1853, y desde esta fecha ha tenido un engrandecimiento extraordinario.

«Cuenta 46 iglesias, y sus conventos, sus Congregaciones religiosas de hombres y mujeres, y sus escuelas se hallan en plena prosperidad. En este momento se construye una catedral que rivalice con la de Nueva-York. Precisamente Broockhyn es la diócesis que recogen los pastores protestantes para sus predicaciones; mas allí están los católicos para combatirlos.

Los alemanes, muy numerosos en América, han enviado sus delegados á la referida diócesis á la que emigran millares de sus compatriotas cada año, impelidos por el rigor de las leyes militares, la persecución, la miseria de las campiñas y el acrecentamiento de la población. Allí encuentran la libertad y los medios de existencia que en el viejo mundo no hallan.»

Patagonia.—Han llegado noticias alegres sobre las misiones salesianas en la Patagonia. El Ilmo. Gagliero, provicario apostólico, llegó en junio á Cármen de Patagones, sobre el Río Negro, siendo recibido con gran afecto y con el esplendor posible. Su presencia aumentó el fervor de los misioneros; por su parte ayudó lo que pudo, no sólo para confirmar á los convertidos, sino también para convertir á los aún infieles. Administró á no pocos, adultos generalmente, los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Acordándose de sus amigos y bienhechores de la Europa, procura con feliz pensamiento inspirar á sus hijos espirituales amor y gratitud hácia ellos. Al primero que pudo bautizar, en memoria del Emmo. Alimonda, le llamó Cayetano Santiago Nicolás Alimonda. Al segundo Luis Francisco Coller, para recordar al unigénito de una ilustre familia de Tolon, que ayuda generosamente á las misiones. A fin de solemnizar el onomástico de Leon XIII, reservó para el día aquel el bautismo del hijo de Laicufuo, cacique de la tribu de Angol, cerca de Chile, y le puso el nombre de Joaquin. Del mismo modo ha recordado á nobles matronas de Turín: á la marquesa Fassati, á las condesas Corsi y Callori, á Margarita Gagliero, madre del nuevo Obispo de aquellas regiones, etc. ¡Ojalá que el éxito de las Misiones multiplique los bienhechores.

Australia.—Escribennos de Sidney:

«El Océanien, de las Mensajerías marítimas, ha lle-

gado á Sidney el 30 de julio después de un retardo de quince días. Habiendo habido á bordo un caso aislado de viruela antes de tocar en la Reunion, negóse la entrada en este puerto y tuvo que estar quince días frente de Mauricio. La travesía por lo demás ha sido buena.

«A su entrada en la magnífica rada de Sidney, el P. Conloigner, el P. Cummings, de la Sociedad de María, y las catorce carmelitas de Angulema, cuya partida os anunciámos, fueron recibidos en un vaporcito que los aguardaba. Remontaron así algunas millas el río de Paramata y desembarcaron en excelente salud. Las religiosas carmelitas han sido instaladas en una casa provisional que se les había preparado en Hunter's-hill, mientras se les construye el monasterio.»

—«El primer cardenal de Australia, Mons. Moran, se prepara á salir de Europa para regresar á su lejana diócesis.

Este viaje del eminente Purpurado ha dado ocasión al periódico *L'Univers* á publicar un artículo con interesantes datos sobre los progresos del catolicismo en Australia.

Sabido es que las diversas sectas protestantes disfrutan allí de la poderosa protección del gobierno, mientras que la Iglesia católica sólo cuenta con sus propios recursos, á pesar de lo cual cuenta ya 800,000 fieles, número importantísimo si se tiene en cuenta además que la población total excede poco de 3.000,000 de habitantes.

Hasta ahora ha conseguido establecer dos provincias eclesiásticas. Una de ellas, la de Melbourne, comprende cinco obispados sufragáneos, que son los de Adelaida, Balarat, Hobart-Town, Perth y Sandhurst. La otra, la de Sidney, comprende siete obispados, que son los de Armidale, Bathurst, Brisbane, Goulburn, Maitland, Puerto-Victoria y Rock-Hampton; debiendo advertirse que Melbourne y Sidney, residencia de los dos metropolitanos, constituyen dos ciudades tan populosas ó poco menos que Madrid.

Los dos metropolitanos son originarios de Inglaterra; los sufragáneos de Rock-Hampton y Armidale, nacidos en Italia ó hijos de italianos, y los demás Obispos, á excepcion del de Puerto-Victoria, ingleses.

Varios de estos Prelados pertenecen al clero regular. Entre ellos hay capuchinos, benedictinos y agustinos.

Datando las Misiones de fecha reciente, puesto que no son anteriores al siglo en que nos encontramos, maravilla saber que hoy en Australia hay catedrales, colegiadas, numerosos templos parroquiales, abadías, conventos y escuelas católicas que compiten y aventajan á los protestantes.

La prensa católica ha llegado á adquirir gran desarrollo, tanto, que uno de los periódicos que se publican bajo el patrocinio del cardenal Moran, tiene mayor número de suscripciones que el católico de más circulación en Europa.

Las congregaciones de mujeres también están muy extendidas; la mayor parte de ellas se consagran á la educación é instrucción de las niñas, pero también hay Hermanas de la Misericordia y de san Vicente de Paul.

El Cardenal Moran tiene preparadas pesetas 1.500,000 para gastarlas en el Seminario conciliar, cuya primera piedra ha puesto, y que será uno de los primeros establecimientos de enseñanza del mundo.

Oceanía.—El cardenal Simeoni, prefecto de la Pro-

paganda, ha escrito á S. M. Amelia Lavalua, reina de Wallis, manifestándole la satisfaccion de Su Santidad Leon XIII y la gratitud de la Propaganda por los sentimientos de adhesion á la Santa Sede y por la proteccion que dispensa al vicario apostólico de la Oceanía central, Ilmo. Lamaze, y á sus misioneros. Su Santidad le envia la bendicion apostólica á ella y á su pueblo y le regala unos ricos rosarios.

—El Catolicismo está haciendo grandes progresos en las islas Samoas, debido principalmente al noble celo de misioneros franceses. Hé aquí lo que dice de ellos el Dr. Forbes, secretario del consulado alemán: «Estos sacerdotes edifican ellos mismos sus chozas, construyen sus muebles, y trabajan tanto con sus manos como con su inteligencia. Hacen trabajar tambien á sus neófitos, y les enseñan lo que es necesario para ganar la vida. El espíritu caballeresco de los misioneros de otros tiempos, se encuentra en estos sacerdotes. Ellos llevan adelante sus planes civilizadores sin pararse, y sacrifican sus vidas sin pesar. Su valor no conoce dificultades ni peligro, y su celo no se cansa jamás.»

Noticias varias.—La sagrada Congregacion de *Propaganda fide* ha enviado una circular á los Directores de las Misiones extranjerias dando instrucciones acerca del modo de establecer una comunicacion más regular entre los jefes de Misiones y la Propaganda.

Se recomienda entre otras cosas á los dichos jefes el que envíen al archivo de la Propaganda los diarios y publicaciones que se hagan en las Misiones; publicaciones que se refieran por cierto á las mismas Misiones.

—La *Propaganda fide* ha recibido de los misioneros de Nagasaki y de Yokoama varios ejemplares de dos periódicos católicos que publican en aquella ciudad. Se llaman el *Kirisondo kaio Shimboy* y el *Rikongo Zachi*. Están impresos en caracteres latinos. Parece que los otros periódicos decidieron adoptar el alfabeto romano.

—El Emmo. cardenal Masaia, investido con la púrpura desde noviembre del año pasado, ha sido uno de los más fervorosos apóstoles y valientes exploradores del Africa. Siendo obispo de Cassia renunció la mitra para dedicarse á las Misiones africanas. Por espacio de treinta y cinco años se ha ocupado en tan santa tarea. Leon XIII le ha mandado escribir una relacion detallada de los sucesos que le han acaecido durante esta época de su vida, la cual será muy interesante. Es autor de un vocabulario y gramática de lengua etiópica.

—En Suiza parece que mejora la situacion de los católicos, habiéndosele devuelto al Ilmo. Fiala, sucesor del Ilmo. Lachat, su residencia de Soleure, y á los 68 años de edad recorre pastoralmente su diócesis, que gran parte de ella no había sido visitada por ningún Obispo ya hacía muchos años, siendo recibido el nuevo Obispo de Basilea con muestras de regocijo por la multitud que sale á su paso.

—En el número anterior hacíase notar el muy floreciente colegio para jóvenes misioneros alemanes fundado en Steil, Holanda, con ocasion de la ida á Roma de su Rector el Rdo. Jansen.

Estos clérigos alemanes del Colegio de Stell están precisamente destinados á las Misiones de la China. Hace pocos meses el Rdo. Padre Am-hrein, benedictino, ha dado principio, bajo los auspicios de la sagrada Congregacion de *Propaganda fide*, y con el consen-

timiento del gobierno bárbaro, á la fundacion de un Seminario de misioneros alemanes para el Africa, ocupando el local de una antigua abadía benedictina en un punto de Baviera.

—El día 27 de Julio se colocó solemnemente la primera piedra del convento monumental de la Orden dominicana en la ciudad de Dublin con asistencia del obispo de Cané, el alcalde y gran número de eclesiásticos y caballeros irlandeses. La católica Irlanda ve con júbilo la propagacion de la Orden dominicana, que tantos días de gloria le ha dado desde el año 1234 en que aportaron á la verde isla de san Patricio los primeros religiosos dominicos, hasta el siglo actual, que en sus gloriosos anales será llamado el *siglo del P. Burke*.

—Un eminente sacerdote italiano, el Rdo. B. Balloni, es el director de un importante asilo de huérfanos, establecido en Belen, la cuna de nuestro divino Redentor. El edificio tiene cuatro pisos con sus correspondientes azoteas, desde las cuales se contempla el Jordan, el mar Muerto y otros puntos del mayor interés para un corazón católico. Cuéntase en él sobre 150 asilados, y pasan de 200 los muchachos que frecuentan las escuelas y talleres.

—Hace días se venia diciendo que en Puerto-Said se iba á levantar de nueva planta una iglesia que habrá de estar á cargo de religiosos franciscanos. Pues bien, sábase ahora que los terrenos para dicha iglesia y para el Hospicio que le está unido han sido cedidos generosamente por la Compañía constructora del Canal; que las obras adelantan con bastante rapidez, y que dicha Compañía está dispuesta á hacer otras concesiones tan dignas de alabanza, como las que ha hecho en Ismailia.

El Señor recompense tanto desprendimiento en favor de los beneméritos Religiosos, que tanto trabajan por la gloria de Dios.

—Del estado de la provincia agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas correspondiente al año de 1884, que se ha publicado en Manila, resulta que los religiosos agustinos en el expresado año tenían á su cargo 2.100,546 almas, diseminadas en 17 provincias y 4 obispados; habían administrado 103,435 bautismos, asistieron á 22,762 casamientos y á 68,306 entierros. La desproporcion entre los bautismos y defunciones no debe extrañar á nadie. Saben todos los que han residido en aquellas islas que la poblacion del Archipiélago se ha duplicado de treinta años á esta parte, y que sigue aumentándose de un modo admirable.

—A pesar de la recia persecucion que vienen padeciendo nuestros hermanos los cristianos en Cochinchina, y de la sangrienta y horrorosa muerte que recibieron hace poco un sinnúmero de ellos en el Tonkin, la devocion de aquellos fieles hácia la Madre de Dios, hace concebir grandes esperanzas de que Nuestro Señor se dé por contento, y ponga fin á los trabajos que hasta ahora los afligen. La iglesia que tratan de erigir aquellos naturales á Nuestra Señora de Lourdes, obra que cuenta con la bendicion del Padre Santo, será buen testimonio de la viva fe de aquellos cristianos y de su acendrado amor á la Santísima Virgen. La provincia de Thanh-Hoa ha de ver, segun parece, el primer santuario consagrado á la Madre de Dios.

—En Camboge la situacion de los cristianos es idéntica á la de sus hermanos de la Cochinchina y del Tonkin. Los rebeldes han matado bárbaramente al joven misionero Rdo. Guyomare, y destruido las seis pobla-

ciones de cristianos que estaban al cargo de dicho celosísimo sacerdote. Los veinte neófitos que cayeron en sus manos fueron al punto degollados; los demás salvaronse con la fuga, pero después de haber sufrido horribles privaciones. El país hállase en un estado muy precario, al paso que se confiesa generosamente á Jesucristo y se recoge abundante mies de palmas y coronas.

—Segun carta particular de Anam que nos llega á última hora, las matanzas continúan fuera del radio protegido por la ciudadela de Binh-Diuh. Se ha asesinado á un misionero con inaudita crueldad. Se colocó su cabeza sobre un árbol, y su cuerpo, después de ser despedajado y despedazado, fué condenado á las llamas en el camino.

DETALLES IMPORTANTÍSIMOS

SOBRE LA CELEBRACION DEL TERCER CONCILIO PLENO DE BALTIMORE (ESTADOS-UNIDOS DE AMÉRICA).

EN 1784, un año después del reconocimiento de la independencia de los Estados-Unidos por la Gran Bretaña, la Santa Sede nombraba al Reverendísimo Juan Carrol superior de la Mision de la nueva república, y le concedía casi todos los poderes de un obispo, para gobernar un clero de treinta sacerdotes, así como para administrar los sacramentos, aun el de la Confirmacion.

En 1884, justamente un siglo después, la misma autoridad nombraba á Mons. Jaime Gibbons, octavo su-



JAPON MERIDIONAL.—Ilmo. PETITJEAN en su lecho de muerte. (Pág. 420).

cesor de Mons. Carrol en la sede arzobispal de Baltimore, delegado apostólico con mision de presidir en esta ciudad un Concilio pleno de más de setenta Obispos, bajo cuya obediencia se halla un clero de siete mil sacerdotes y un pueblo de ocho á diez millones de católicos, contraste notable que explica el interés de todo el orbe por la gran asamblea.

Las deliberaciones y los decretos del Concilio han sido sometidos al exámen y á la aprobacion de la sagrada Congregacion de la Propaganda; sólo después de su revision por esa autoridad suprema serán promulgados, en nombre del Concilio, por el Delegado apostólico. Entretanto, la Carta-pastoral de los Obispos reunidos y los discursos pronunciados ante el pueblo por varios miembros de la asamblea dieron á conocer al público

la mayor parte de las materias en discusion y el sentido de algunas leyes formuladas por el Concilio. En los detalles siguientes sólo comunicaremos aquellos puntos que entraron así legítimamente en el dominio público, reservándonos dar á conocer los decretos después de su promulgacion.

Es sabido que la materia de las deliberaciones del Concilio ha sido preparada en Roma misma bajo la direccion de la Propaganda. En el mes de noviembre de 1883, los metropolitanos de los Estados-Unidos y varios Obispos, en representacion de sus respectivas provincias, se reunieron en la capital del orbe cristiano, á invitacion de la Santa Sede, y deliberaron, durante cerca de dos meses, sobre los temas que debian proponerse al sínodo.

Estos trabajos dieron origen á un «esquema» de pro-

yecto de ley, que fué en tiempo oportuno enviado á los Obispos de todo el país y á los teólogos designados para ayudarles. Al mismo tiempo, en vista de la poca salud de S. E. el Cardenal Arzobispo de Nueva-York, designado de antemano por su dignidad para presidente del sínodo, el Santo Padre nombraba á Mons. Gibbons, Arzobispo de Baltimore, para desempeñar este alto puesto.

El ilustrado Prelado, á pesar de su juventud relativa—no tiene sino cincuenta años,—supo mostrarse digno de tan insigne honor, y puso sin demora manos á la obra. El 19 de marzo de 1884, día de san José, invitó á los Arzobispos, los Obispos, los Vicarios apostólicos de los Estados-Unidos de la América del Norte, á los Abades, los Superiores de Órdenes y Congregaciones, así como á todos aquellos que para tales actos reúnen las leyes ó las costumbres á presentarse en Baltimore el domingo 9 de noviembre para la celebracion del tercer Concilio pleno de Baltimore.

Por su parte, los Obispos de las doce provincias eclesiásticas del país se reunían bajo la presidencia de sus respectivos metropolitanos y examinaban el «esquema» romano, agregándole observaciones que despues fueron trasmitidas al Delegado apostólico.

Este habia convocado al mismo tiempo una comision de sacerdotes, tanto regulares como seglares, escogidos en distintas provincias, con el fin de elaborar el «esquema» definitivo del Concilio. Reunidos los teólogos desde mediados de agosto, ya en el Seminario menor de San Carlos en Ellicott City, ya en la ciudad misma de Baltimore, bajo la presidencia de Mons. Gibbons y la direccion de Mons. Jaime Corcoran, secretario veterano de

tantos Concilios, trabajaron sin descanso durante tres meses. Redactaron los proyectos de decretos, reuniéronlos en un folleto y los enviaron á los Prelados invitados, para que todos pudiesen concurrir enterados de las materias que iban á tratarse y con el debido conocimiento de todos ellos.

La apertura solemne no debía efectuarse hasta el domingo 9 de noviembre, pero tres días antes tuvo lugar una reunion preparatoria de los metropolitanos para ponerse de acuerdo sobre algunas medidas preliminares. Al día siguiente, viernes, tuvo lugar una asamblea general de todos los miembros del Concilio que tenían derecho de voto, en la que se nombraron los promotores, las diversas comisiones ó secciones, los secretarios, los cancilleres y demás funcionarios. El sábado 8 de noviembre hubo en la catedral una congregacion preliminar pública, á la cual asistieron todos los Obispos con sus teólogos y todos los demás invitados. Los «esquema-

ta» del Concilio fueron entregados á todos, bajo la obligacion de secreto prometida *sub fide sacerdotali*.

Por fin el domingo 9 de noviembre efectuóse la solemne apertura de la grande y magnífica asamblea. Grande era ésta, ante todo, por el número de sus miembros; no comprendia menos de trece Arzobispos, setenta Obispos y Vicarios apostólicos, seis Abades mitrados, entre los cuales un Prefecto apostólico y el Superior de una congregacion de Benedictinos, trece Prelados domésticos y Camarlengos de Su Santidad, treinta y cinco Superiores de Órdenes y Congregaciones religiosas, doce Superiores de seminarios mayores y más de ochenta teólogos conducidos por sus Obispos. Hay que remontarse en la historia para hallar una lista tan imponente de dignatarios eclesiásticos reunidos en sínodo. Exceptuando las reuniones ecuménicas de 1854, 1862, 1867 y 1870 en Roma, y el Concilio provincial congregado en esta ciudad en 1725, dudo que pueda darse otra semejante desde el Concilio de Trento. Era tambien grande la asamblea porque representaba la flor y nata religiosa de una poderosa nacion, representaba á los Estados-Unidos, país más vasto que el imperio romano, más poblado que la República en tiempos de César; allí tenia América reunidos en el Espíritu Santo para gobernar sus fieles á sus pastores apostólicos desde San Juan en el Maine al Rio Colorado en California, y desde San Juan en Florida hasta el Yukon en Alaska. Finalmente, era grande la asamblea á causa de los intereses que en ella iban á ser discutidos y juzgados, de los intereses del orden religioso y moral que concernian directamente á ocho millones de fieles é indirectamente á una nacion de

cincuenta y cinco millones de hombres, sin hablar del resto de la humanidad que se esforzaba por sorprender algo de los debates para edificarse por ellos ó para contradecirlos.

Además, á los ojos de todos, era una asamblea verdaderamente majestuosa.

Segun el orden establecido por el ceremonial, los miembros del Concilio se trasladaron en procesion el domingo de mañana á la catedral; aunque corto el itinerario brindó una ocasion favorable para desplegar la magnificencia de la reunion. Abrian la marcha centenares de acólitos con trajes variados y pintorescos; venian despues doscientos veinte seminaristas del Seminario menor de San Carlos y del Seminario mayor de Santa María, de sobrepelliz y sotana; luego sacerdotes visitantes en gran número, igualmente de sotana y sobrepelliz; en seguida marchaban los teólogos de los Padres, revestidos con alba y casulla; los superiores de



JAPON MERIDIONAL.—Ilmo. LAUCAIGNE, obispo auxiliar del Japon. (Pág. 420).

Ordenes religiosas; los directores de Seminarios; los Vicarios generales; los Secretarios y los Cancilleres del Concilio, todos con capa pluvial encarnada; más atrás los Camarlengos y los Prelados domésticos de Su Santidad, en el aparato de su dignidad; más atrás aún los Obispos y Arzobispos, de á dos, con capa pluvial encarnada y con mitra puesta, acompañados por un acólito caudatario; finalmente venia el Delegado apostólico con ricos ornamentos pontificios y con el báculo en la mano, acompañado por sus diáconos de honor. Media hora duró el desfile.

Conmoviase uno instintivamente al ver la veneracion y la admiracion del gentío inmenso reunido para contemplar un espectáculo tan extraordinario.

Algunos centenares de personas, cuando más, podian tener la esperanza de penetrar en la catedral, que desgraciadamente es demasiado pequeña para los días de grandes ceremonias: pero las calles, abiertas para todos, estaban atestadas de gente.

Los balcones de las casas estaban, como es fácil imaginarlo, llenos de curiosos en todos los pisos, y hasta sobre los techos se veian caras blancas y negras asomarse sobre la cornisa para participar del cuadro maravilloso. Centenares de miembros de las Sociedades católicas de las distintas parroquias de la ciudad estaban escalonados á lo largo del trayecto de la procesion.

En todo este trayecto no se oyó una palabra, no se vió un gesto que denotase otra cosa que el respeto á una legítima curiosidad. De los veinticinco mil espectadores, la mayor parte eran católicos, y éstos manifestaban abiertamente el orgullo, la alegría y la piedad que rebotaban de sus corazones; otros eran protestantes ó incrédulos, pero sabían respetar tambien la libre manifestacion de la Iglesia católica. ¿En qué país podrá hacerse hoy día una manifestacion tan grandiosa sin exponerse á hostilidades ó insultos?

Lo que más atraía en ese cortejo imponente la atencion y el respeto universal, era la virtud, el saber, la abnegacion representados en sus filas; era la catolicidad de la Iglesia pintada con fuertes colores en esta procesion.

En ellas se veian sacerdotes de todas las nacionalidades cristianas: unos salidos recientemente del Seminario ó de la Universidad, pero ya notables por sus talentos ó sus trabajos; otros encanecidos en las labores de la enseñanza y de la controversia, del ministerio y del apostolado; entre ellos, sabios escritores como los de Augustinis, los Piccirillo, los Sabetti, los Corcoran, los Brann, los de Concilio; misioneros como los Cataldo, los Ruland, los Weninger; fundadores de Ordenes y de instituciones como los abates Wimmer, los Hecker, los Sorin; en fin, convertidos como los Doane, los Preston, los Curtis. Naturalmente, la que con más hijos contaba era América, á menos quizá que este honor le fuese disputado por la católica Irlanda, venian en seguida la Francia y el Canadá, la Inglaterra y la Holanda, la Alemania y la Bélgica, la Italia, la España, la Suiza, el Austria y otros países que por la presencia de algunos sacerdotes nacidos en su seno, pero soldados de las diócesis de la patria americana, contribuian todos á estrechar los vínculos que unen á nuestra jóven Iglesia con las de los más viejos países.

¡Y qué hombres de nota y dignos de veneracion son aquellos Obispos á quienes vinieron á prestar ayuda estos sacerdotes!

En la procesion marchaban primero los Obispos titulares como Mons. Grace, antiguo obispo de San Pablo del Minnesota, y Mons. O'Connel, obispo dimisionario de Grassvalley en California, que no dejaron, á pesar de largos años de fatigoso apostolado y de su edad avanzada, de venir á auxiliar á sus hermanos menores con la experiencia que á costa de tanto trabajo habian adquirido. Iban seguidos por los Obispos que ejercian el ministerio pastoral segun el orden de su promocion; notábanse entre éstos dos hijos de Bélgica que aun no habian podido recibir la consagracion episcopal; Mons. Maes de Covington, y Mons. Glorieux, nombrado vicario apostólico de Idaho.

Luego por orden de consagracion, venian los otros Prelados, la mayor parte de los cuales habian nacido en América ó en Irlanda; los demás eran hijos de Alemania, Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Canadá, España ó Escocia. Entre ellos habia convertidos del protestantismo como Mons. Becker, Obispo de Wilmington, Mons. Cilmour, de Cleveland, Mons. Wadhams, de Ogdansburg; además, hombres célebres como escritores, como el mismo Delegado apostólico; monseñor P. R. Kenrick, el venerable Arzobispo de San Luis, que á los ochenta años parece experimentar el rejuvenecimiento del águila; el sabio canonista Mons. Huss, Arzobispo de Milwaukee; los infatigables justadores Mac. Queid, de Rochester, y Gilmour, de Cleveland, á quien ya he nombrado; el elegante Mons. Chatard de Vicennes; otros que se distinguen además en la oratoria sagrada, como el nuevo Arzobispo de Filadelfia, monseñor P. Ryan; el Obispo de Dubuque, monseñor Hennesy; el Obispo de Portland, monseñor Healy; Mons. Ireland, obispo de San Paúl, que es otro Padre Matthew en la causa de la temperancia cristiana; el amable Obispo de Trenton, Mons. O'Farrel, y, en fin, el gran promotor de los altos estudios eclesiásticos, monseñor Spaldin, obispo de Peoria.

Pero el pueblo contempla sobre todo con veneracion afectuosa á los Prelados misioneros que sembraron el grano de verdad en las playas antes salvajes, y donde florece hoy el árbol de la fe, bajo la forma de la cruz católica, sobre las torres de grandiosas catedrales. El primero, por orden de ancianidad, es Mons. Sadoc Alemany, revestido con la blanca sotana de santo Domingo, el mismo que como obispo de Monterey, y más tarde como arzobispo de San Francisco, trabajó desde 1850 en medio de las poblaciones indígenas y extranjerías de California. A su lado va Mons. Lamy, primer obispo y arzobispo de Santa Fe, en Nuevo-Méjico. A despecho de las huellas evidentes de una sorda enfermedad, el valiente misionero atravesó los desiertos que le separan de los países civilizados para unir su voz á la de sus colegas menores.

Le sigue Mons. Seghers, joven aún á pesar de tener doce años de obispo: es el apóstol intrépido que en 1877, despues de haber convertido los salvajes de la isla de Van Couver, fué á predicar el Evangelio á los indios de Alaska y pasó el invierno sobre el Yukon, cerca del polo ártico. Acaba de elevar renuncia de la dignidad de arzobispo de Oregon City para poder consagrarse enteramente á sus amados neófitos. Vienen despues Mons. Salpointe, apóstol del Arizona, hoy coadjutor de Mons. Lamy; Mons. Machebeuf, vicario apostólico del Colorado; Mons. Manucy, obispo de los mejicanos del Tejas; Mons. Marty, obispo misio-

nero de los salvajes Sioux del Dakota; Mons. Jünger, obispo de Nesqually, en el territorio de Washington; Mons. Brondel, obispo de Helena, en el Montana, que acaba de abandonar una diócesis relativamente opulenta para fundar una Iglesia entre las tribus salvajes y los agrestes habitantes de razas blancas de su vasto territorio.

¡Cuánta variedad, cuánta unidad de abnegacion y sacrificio en todos estos hombres eminentes por sus trabajos y su saber, por sus predicaciones, por su administracion y su apostolado!

Con todo en este cortejo imponente faltaba una gran figura. El primer príncipe de la Iglesia americana, que por su eminente dignidad tenia conquistado el primer puesto en el sínodo nacional, el Cardenal Arzobispo de Nueva-York, estaba clavado al lecho del dolor por sus enfermedades y su edad avanzada. Es cierto que le representaba su amable, piadoso y doctor coadjutor, Mons. Corrigan; pero el veterano de la Iglesia en los Estados del Este, el Prelado colmado de honores por Pio IX y querido de Leon XIII, el sabio y elocuente metropolitano de la ciudad en cuyo seno habitan los católicos más prácticos del mundo, no podía ser reemplazado por nadie. Por eso, los Padres del Concilio no tardaron en manifestarle su sentimiento por su ausencia, y sus votos fervientes por su conservacion y felicidad.

(Se concluirá).

UN MISIONERO DEL SUDAN.

EL Rdo. P. Luis Bonomi es uno de los misioneros italianos que fueron prisioneros del Mahdí en El-Obeid.

Creemos satisfacer el legítimo deseo de nuestros lectores de conocer los pormenores de la prision del expresado religioso y los medios de que se valió para evadirse de la cautividad, reproduciendo, como los trae el *Moniteur de Rome*, los detalles que le ha comunicado el Ilmo. Sogaro, vicario apostólico del Africa central.

El primer instrumento de la libertad del P. Bonomi fué una carta de la superiora de las Hermanas de la Nigricia en Omdurman. Esta religiosa hizo saber al ilustrísimo Sogaro en su carta del 3 de febrero, que el padre Bonomi era prisionero del Mahdí en El-Obeid, y que allí estaba sufriendo toda suerte de privaciones y de tormentos. El Ilmo. Sogaro envió inmediatamente el P. Vicentini á Dongola para ver si desde allí podia encontrar algun medio de socorrer al P. Bonomi.

Sobrevino la toma de Khartum, y como corriera la noticia de que Dongola iba á sufrir la misma suerte, el Ilmo. Sogaro creyó que debía llamar á su lado al padre Vicentini.

En este estado se creyó necesario recurrir á nuevos expedientes, y el Ilmo. Sogaro se dirigió entonces al caballero Santoni, director general de correos de Dongola, proponiéndole dos combinaciones y suplicándole que hiciera todo lo que estuviese á su alcance por la libertad del P. Bonomi. Una de estas combinaciones, la cual fué aceptada, era enviar cuatro camellos hacia El-Obeid, y procurar la fuga del P. Bonomi y de sus compañeros de cautividad, si los habia. El Sr. Santoni trató de buscar indígenas que quisieran emprender este

viaje, pero no encontró sino un solo *camellero*, que se puso en marcha con un solo camello, despues que le entregó unos cien thalers, con promesa escrita de pagarle 500 thalers más, si regresaba con el P. Bonomi sano y salvo.

El *camellero* llegó á El-Obeid, en donde segun las señales que se le habian dado, no tardó en reconocer al P. Bonomi, á quien dió una carta del caballero Santoni, en la cual le decia que se entregara con confianza al *camellero* que le habia sido enviado por el Ilmo. señor Sogaro para libertarle de su cautividad. El P. Bonomi tenia por compañero de prision al P. Ohrwalder, sacerdote del Tirol, á quien participó inmediatamente la feliz nueva.

Entonces, tuvo lugar una lucha de caridad digna de ser referida. Sólo uno podia fugarse, pues como hemos dicho, el *camellero* no habia podido llevar consigo sino un solo camello, fuera del que montaba. El Padre Bonomi queria decidir al P. Ohrwalder á fugarse, y éste convenció al P. Bonomi para que se aprovechara de la ocasion, representándole su edad y diciéndole que la invitacion del Ilmo. Sogaro habia sido dirigida personalmente á él.

En la noche del 5 de julio, el prisionero del Mahdí, burlando la vigilancia de los árabes, salió de la ciudad y encontró al *camellero* en el punto convenido. Montó el camello que estaba presto, y comenzó entonces una fuga dolorosa á través del desierto, evitando pasar por los lugares habitados, por temor de ser reconocido y aprehendido. Sin preparativos de viaje, casi sin provisiones, porque debia evitar las menores sospechas á sus carceleros, el Padre sufrió las más graves privaciones en el viaje. Por dos dias se estuvo alimentando con granos de trigo, y en otra ocasion llegó á pasar veinte horas sin probar agua, porque no podia aproximarse sino con gran dificultad á los pozos y cisternas, en donde los árabes, que se encontraban siempre en esos lugares, podrian haberle reconocido fácilmente. En fin, despues de trece dias de viaje llegó á Uadi-Halfa, cerca del nacimiento del Nilo, lugar que se encuentra fuera del territorio donde el Mahdí ejercia su terrible poder.

Lo primero en que pensó el valeroso misionero fué en organizar una expedicion que fuera en auxilio de los otros prisioneros que habian quedado en El-Obeid, y con este fin se dirigió al gobernador inglés de Dongola, confiado en que obtendria los mejores resultados; pero el Padre quedó desconcertado al oir de la boca misma del gobernador el relato de su conversion al culto de Mahoma, que habia sido propagado por el Mahdí.

Despues de haberse repuesto algun tiempo en Dongola el P. Bonomi se dirigió al Cairo, á donde llegó el 25 de julio embarcándose en seguida para Europa.

A su llegada á Roma tenia por compañero á don Juan Dichtl, misionero austriaco, quien desde el Cairo le fué á encontrar en Uadi-Halfa, y al P. Pie Marzano, que habia estado con él ocho años en el Sudan, y que últimamente era capellan de las tropas italianas en Masua.

El respetable misionero ha traído del Sudan algunas rarezas de aquel país, las que ha ofrecido al Santo Padre justo con la relacion de sus viajes y de su cautiverio.

El P. Bonomi es un hombre de alta estatura, bron-

ceado por los rayos del sol de Africa. Cuando llegó vióse obligado á tomar un retiro de algunos dias para sus- traerse á las importunidades de los *reporters* que le tenian literalmente asediando.

Uno de éstos escribe :

« Con el P. Bonomi, apenas llegó á Roma y se hospedó en la casa de los Salesianos cerca de la nueva iglesia parroquial en construccion dedicada al Sagrado Corazon de Jesús en el Esquilino, tuve una entrevista que fué negada á muchos otros periodistas y concedida solamente á un redactor del *Osservatore Romano* y á mí.

« Yo estaba altamente conmovido cuando estreché la mano, que él no me permitió que le besase, á este venerable é intrépido misionero que se ha vuelto adusto por doce años de permanencia en Africa, demacrado por los sufrimientos de tres años de cautiverio. El sin embargo se me mostró risueño y cordial como si hablase con un viejo amigo.

« Tiene cerca de cuarenta años, el rostro tostado por el sol africano, encuadrado por una barba espesa y negra. Lleva el traje negro talar de los salesianos y en la cabeza el *fez* rojo de los orientales.

« — ¿Cómo pasaba la vida en Obeid? le preguntó.

« — Estábamos en libertad en el perímetro de la ciudad; pero permanecíamos desnudos, despojados del todo por el Mahdí, que nos quitó cuanto llevábamos, incluso los ornamentos sagrados, con los cuales hizo gualdrapas para sus camellos.

« — ¿Cómo, pues, podian proveer á su sustento? ¿Podrian recibir dinero ú otros recursos?

« — Era imposible que nos llegara ayuda de parte alguna. Para vivir nos veíamos obligados á trabajar. Uno de mis compañeros hacia y hace todavía de sastre; otro trabaja de zapatero; yo fabricaba vasos y ollas de barro; las Hermanas cosian ropas y lencería.

« — ¿Tenian que sufrir malos tratos personales?

« — No á decir verdad. Pero éramos mirados con bastantes malos ojos por los musulmanes, en odio al nombre cristiano; y se sufría mucho por muchos otros conceptos, no teniendo una persona amiga á quien recomendarlos y de quien esperar una ayuda siquiera insignificante.

« — ¿Ha conocido usted al Mahdí? ¿Qué clase de hombre es?

« — Sí; es un hombre á quien da cierto rasgo de grandeza el fanatismo religioso, por el cual hace una guerra á la que no le arrastra ni sed de sangre ni avaricia de dinero. Por esto no ha consentido jamás en darnos la libertad por un rescate en oro.

« Una vez que le escribí para pedirle nuestra liberacion, me respondió « que Dios está en el cielo y en la tierra, y puede ser adorado en todas partes; que por eso nosotros debíamos resignarnos al destino que nos habia tocado. »

« El Ilmo. Sogaro se prepara á regresar de Roma á la Alta Italia y de allí á Africa. El P. Bonomi lo seguirá dentro de poco. Este último, sin embargo, se retirará por algunos dias al convento de los Pasionistas en el monte Celio, para reanudar, segun me dijo, un poco la vida sacerdotal.

« — Hace tres años, añadió, no he podido tener el consuelo de celebrar la misa, ó de recitar el Oficio divino.

NECROLOGÍA.

Ilmo. Petitjean, vicario apostólico del Japon meridional, y su auxiliar el Ilmo. Laucaigne, obispo de Apolonia.

El 7 de octubre de 1884 terminó su preciosa existencia en la ciudad de Nagasaki (Japon) el Ilmo. Petitjean, rodeado de sus misioneros, quienes, despues de haber compartido sus trabajos, quisieron asistir á sus últimos momentos. A la primera noticia del peligro acudió el Ilmo. Laucaigne desde Osaka, y prodigó sus cuidados al venerable enfermo.

Despues de presidir los funerales de su Vicario apostólico, el Ilmo. de Apolonia volvió á Osaka, y apenas llegado, sucumbiendo á la fatiga tuvo que guardar cama; declaróse una erisipela, y á consecuencia de la extrema debilidad del enfermo el peligro fué luego inminente, y falleció el 18 de enero del presente año.

Cuando en 1863 el Ilmo. Laucaigne llegó al Japon, hacia ya tres años que estaba allí el Ilmo. Petitjean, y á él se unió en Nagasaki. La Iglesia del Japon iba á renacer de sus cenizas, y estos hombres iban á ser para ella los instrumentos de la misericordia divina. Al cabo de dos años de llevar juntos una vida de estudio y de oracion, el segundo de dichos misioneros fué nombrado obispo de Myriophita y vicario apostólico del Japon. El nuevo Prelado encomendó á su compañero el cuidado de dirigir la cristiandad renaciente, á la sazón objeto de la más cruel persecucion, lo que hizo con el mayor celo y abnegacion.

A petición del Ilmo. Petitjean, el Rdo. Laucaigne fué elegido en 1874 obispo de Apolonia y auxiliar del Japon. Consumido por los trabajos que le inspiraba su fervor, en lo sucesivo su lánguida vida ya no fué más que un sufrimiento continuo. Así es como Dios acabó de purificar su alma santa en el crisol de la tribulacion. Su supremo dolor fué el tributar los últimos obsequios al Ilmo. Petitjean; mas su trabajo concluyó con aquel de quien habia sido colaborador. Dios, que habia unido esas dos existencias, las llevó á vida mejor casi al mismo tiempo.

MISCELÁNEA.

El Mensaggiere Egiziano, periódico italiano de Alejandría, publica un notable artículo sobre el Canal que se proyecta abrir en la Palestina, Canal que produciría grandes bienes, no sólo á aquellas regiones del Asia, sino tambien á todo el comercio del Adriático y del Mediterráneo. El coste de este Canal en proyecto sería muy inferior al del Canal de Suez, y en cambio prestaría dos grandes servicios: facilitaría grandemente el viaje á Tierra Santa, y abriría á la exportacion las tierras fertilísimas del otro lado del Jordan. Otro periódico de Oriente, *Le Turquie*, de Constantinopla, afirma que Turquía facilitaría por todos los modos y maneras posibles la apertura de este nuevo Canal, que prestaría indudablemente tambien grandes servicios á aquel imperio. Claro es que más que el beneficio material que de esta grande obra resultaría, nos mueven á desear su realizacion y á aplaudirla, los grandes bienes que no podría menos de producir en un período no muy largo para la causa de la Religión y de la civilizacion de los pueblos del Asia, sumidos en gran parte en las tinieblas del mahometismo.